

EL COJO ILUSTRADO

Año XI

1º DE OCTUBRE DE 1902

Nº 259

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



MATERNIDAD. — Por Delobe

EL DAVID

De Paul Bourget.

I



URANTE quince años, todos nosotros habíamos envidiado la persistente buena estrella de Ives Clouet, el

escultor. Al decir *nosotros*, me refiero á un grupo de escritores y de artistas, de los cuales cada quien dice hoy, *yo*. Sólo en la dura época de los ensayos no dejamos de acompañarnos unos á otros en espíritu, codeándonos en la estrecha intimidad de los cenáculos, si no con benevolencia, á lo menos con un interés muy personal y palpitante. En cuanto á Ives Clouet, había una razón para que, aun los más olvidadizos lo recordasen: una serie ininterrumpida de obras que han asignado al escultor un puesto aparte en nuestra escuela contemporánea, desde la *Proserpina cogiendo la granada*, de su primer salón, en 1877, hasta su sepulcro de *Alba Steno*, expuesto en el mes de mayo último. Oh! sí: la persistente, la insolente buena estrella! Haber sido bello á los veinte años, con una belleza de joven patricio del Renacimiento italiano, y serlo aún á los treinta y cinco años, hasta el punto de hacer volver la vista á las damas en las calles y los teatros; haber tenido, desde la salida del colegio, la más amplia independencia, merced á la cual pudo evitarle á su talento las esclavitudes del oficio, y que ese talento, delicado y robusto, sutil y poderoso, haya seducido igualmente y á la vez á la multitud y á los exquisitos; haberse casado joven, por amor, con una joven de la gracia y el esplendor de una Venus antigua y que esta Venus haya poseído á un tiempo las difíciles virtudes necesarias á la esposa de un grande artista: la consagración absoluta, la inteligencia estimulante, la modestia sumisa, y aquella delicadeza de amante que da á la honestidad del hogar la ardiente poesía de la pasión!..... Muy á menudo, hablando de Clouet, entre antiguos camaradas, nos hemos dicho:

—Ives es el único entre nosotros que ha satisfecho su vida!.....

Y como la dicha ajena casi nunca produce una sensación agradable, á aquello ha seguido inmediatamente algún comentario indigno:

—No es difícil triunfar cuando se es el currutaco del público, dice uno, severo *chroniqueur*, á cinco luises la invectiva, en un diario de «chantage» financiero y mundano.

—A todo se llega cuando no se posee un adarme de corazón, decía otro, un músico, cuya mujer ha muerto de hambre y de abandono.

—Veréis lo que queda de eso á los veinte años, concluía un tercero, un esteta de taberna, que jamás ha expuesto una tela ni publicado un volumen, pero que se intitula á sí mismo, por imitar al inglés William Blake, sobre el cual ha leído vagos estudios: *el pintor-poeta!*

Estos epigramas, y aun otros más crueles, redactados en forma de artículos, llegaban hasta el vigoroso tallador de mármoles, sin turbar su serenidad. Por sobre toda otra, tenía la buena suerte de ser infinitamente sensible á la lisonja y perfectamente insensible á la crítica. Así son generalmente los artistas muy convencidos. La envidia hablada ó impresa le hacía reír, con su risa alegre, que descubría sus dientes blancos y sin una chispa

de oro, entre sus labios de una púrpura sana, y repetía:

—Los envidiosos dan la medida de nuestro talento, como da la sombra la medida de nuestra talla.....

Por mi parte, creo que jamás he experimentado, ante aquella admirable fortuna, la villana crispadura de celos en la cual Ives reconocía una forma de homenaje. Nó. Por extrañío que deba parecer este matiz de sentimiento, después de lo que he referido, Ives Clouet me inspiraba, al contrario, aprensión, miedo, casi piedad. A través de una experiencia ya variada de las cosas humanas, nada he comprobado de una manera más absoluta, que esta vaga, pero innegable ley, encarnada por los Antiguos en el mito de Némesis, la diosa de las compensaciones. Creó profundamente en la universal igualdad de todas las fortunas y que todo goce se paga con una amargura exacta. Cuando encuentro personas á quienes el destino parece no haber rehusado nada de sus deseos, haría de buena gana lo que el rey de Egipto con el famoso Polierates. Habiendo sabido la historia del anillo arrojado al mar y encontrado dentro del pez, rompió su amistad, «no queriendo, dice Herodoto, asociar su vida á la de un hombre á quien tan insolente fortuna preparaba las más espantosas catástrofes....» Cada vez que pensaba en Clouet, recordaba esta leyenda. Esperaba, no sin angustia, el giro que tomaría la fatalidad para herir á aquel artista, á quien en aquellos tiempos, lo confieso, admiraba más que amaba. Lo que distingue, en efecto, la manera de Clouet, es un paganismo feliz y fácil como su existencia, al cual falta, ciertamente, esa «leche de la humana ternura» de que habla un poeta. Su Ideal manifiesta un goce de fuerza y de salud, una adoración de la libre naturaleza, un animalismo sereno, en absoluto contrario á mis propias aspiraciones. Creeríase que aquel hombre que vive desde su juventud en una decoración de esplendor, entre las maravillas de una mansión colmada de obras maestras como un museo, no ha sospechado jamás el sufrimiento. Cuántas veces, al verlo en su taller, vestido de terciopelo, exaltándose al mostrarme algunos de sus hallazgos de escultura toscana: su *Anunciación* de Mino de Fiesole,—su *San Sebastián* de Civitale, réplica exquisita al de Lucques,—su *San Juan* de Michelozzo,—sí, cuántas veces me he dicho que, artísticamente hablando, tenía como un sentido de menos, qué sentido? el del pesar, la patética pungencia de las lágrimas, la idea de que hay en el mundo otra cosa además de las formas elegantes y robustas, de las telas suntuosas, de las armas cinceladas, de las delicadas orfebrerías. Cuando nos ha acontecido discutir juntos algún problema de estética, puesto que ese poderoso practicante es también un teórico, cuántas veces le he visto concluir la conversación, alzando los anchos hombros y agregando:

—Todo eso es literatura..... El Dolor y el Pensamiento pueden ser vuestro dominio, escritores, aunque lo dudo..... Nuestro dominio, el de los artistas, es la Belleza, todo lo que cause placer al espíritu, á través de una caricia de los sentidos.....»

—El Cristo no ha muerto para tí, le decía yo en broma.

—Creo que nó, contestaba, pero con una voz casi seria. Pues en aquella época, había realmente en su adoración de la Belleza pagana como un estremecimiento religioso, casi una idolatría. Aquella gravedad apasionada, aquel fervor piadoso de su paganismo, lo ennoblecían, á pesar de su excesivo orgullo de la vida. Pero este orgullo se hace fácilmente vulgar. Aunque, ¿acaso jamás se es vulgar cuando se ama el arte como Ives amaba el suyo, hasta pasar seis horas de afilamiento en el trabajo fatigante del modelaje, encarnizado en la perfección, indiferente al éxito después de haber conocido todas las embriagueces? Es el heroísmo más raro de que sea capaz un artista.

Esta nobleza le era tan natural, como sus claras pupilas en su rostro tostado de árabe, sus negros cabellos, su barba corta rizada y aquella aristocracia de fisonomía, que lo hacía hermano moderno del célebre retrato del Louvre: *V'Homme au gant*.

—Ah! decía á veces, con esa magnífica fatuidad, instintiva en los artistas que ven en su propia persona un modelo que puede pintarse: si Ticiano me hubiese conocido!.....

Y era tau cierto, que uno olvidaba sonreír.

II

Hace cuatro años, aquel hombre feliz tuvo una dicha suprema. Su mujer estaba en cinta. En los primeros años del matrimonio, á menudo me había repetido que se regocijaba de no tener hijos. Temía las deformaciones de la maternidad para aquella admirable criatura cuya soberana belleza hacía el orgullo de su hogar. Aquella impresión concordaba perfectamente con el resto de sus ideas y con el conjunto de su carácter, para que yo pudiese dudar de su sinceridad. No fue menos sincero en la expresión de su candorosa alegría, cuando tuvo ante sí la perspectiva de ser padre. El mismo me dió la razón de este aparente jlogismo en una carta que he conservado y de la cual me contentaré con transcribir un fragmento, sin otro comentario que subrayar la fecha. Explicará mejor que largos análisis las singularidades, las anomalías de alma, si se quiere, de este hombre á quien evidentemente le ha faltado siglo. Debió haber nacido en la corte de un Ludovico el Moro ó de un Lorenzo de Médicis. Esta confianza permitirá también medir la profundidad de la herida que la eterna Némesis iba á inferir á aquel corazón henchido de tan apasionada esperanza. Hará, en fin, más inteligible el extraño procedimiento de consuelo con el que trató nuestro amigo de atenuar la más dolorosa de las pruebas. Copio sus propias frases:

«Voy á confesarte un sentimiento que juzgarás mediocre, y que, sin embargo, no lo es. No puedo soportar la idea de verme envejecer, mucho menos la de ver envejecer á mi mujer. Ella ha sido, es todavía tan bella, que el solo temor de una alteración en esta belleza, me produce el mismo dolor que me viste sufrir en Londres, cuando visitamos la sala del *British* en donde se halla la procesion de las Panateneas. Yo mismo, sabes cuánto culto he tributado á mi cuerpo desde mi juventud, cómo me he dedicado á todos los ejercicios, que he sido sobrio, casto, metódico, para llegar á hacer de mí lo que los atletas antiguos hacían de sí mismos: un bello animal humano. No temo que te sonrías de este orgullo. Nos jactamos arrogantemente de los esfuerzos que hacemos para desarrollar y conservar nuestras energías cerebrales. ¿Por qué, con igual razón, no he de enorgullecerme de los esfuerzos que hago para conservar mis energías físicas? Más, ¿qué remedio contra el Tiempo? Ya, á los treinta y cinco años, no poseo mi apostura de antes, esa línea de las caderas, suave, vivaz, divina, que tan gloriosamente trazaron ciertos pintores del siglo quince: ¿recuerdas los Signorelli del Monte Olivo y los Fiorenzo de Lorenzo de Perusa?..... En diez años, Laura y yo no somos sino la imagen degradada de lo que hemos sido. Y bien! hé aquí el verdadero motivo por el cual siento un ansia de paternidad igual al temor que en otro tiempo me producía esta perspectiva. Debemos revivir, rejuvenecer, *durar* en ese hijo que va á nacerme; pero debes entender que no es solamente algo de nuestra sangre, de nuestro pensamiento, de nuestro corazón, sino nuestra forma, ese nó sé qué de misterioso que en el hombre es más que sí mismo, puesto que es la raza, de la que nuestra frágil persona es sólo un momento fugaz. Cuando me veo al espejo, veo á mi padre, refinado por mi madre. Mi hijo, pues siento que será un hijo, será yo, refinado por mi mujer. Quiero que sea mejor aún. Quiero que todos los grandes artistas de todos los



UN PAN BENDITO COMPROMETIDO. — Por Ghocarne-Moreau

III

Cuando volví a ver a Clouet, habían transcurrido tres años del nacimiento de Alberto, así se llamaba el hijo que de manera tan cruel había desvanecido la exaltada ilusión del artista. En estos tres años, yo apenas había hecho pie en París, entre un largo viaje á Oriente y otro no menos largo á América, en momentos en que Ives se hallaba ausente. Durante todo este período, no me había escrito más, lo cual no me había extrañado, porque conocía su carácter. Además, comprendía que la catástrofe debía hacerlo sufrir de un modo singular, y yo mismo no me atrevía á inquirir nada. El amigo común que me había anunciado el accidente de la señora Clouet, me advertía que nuestro camarada no se consolaba de aquel hijo deforme. Creí que aquello significaba simplemente una de esas desazones de artista, de las cuales todos conservamos cierta dulzura de una cosa que ha podido ser y que no ha sido. Sabía que era tan robusto, tan enérgico, tan profundamente enamorado de su arte, que me decía: «no hay pesar de que no logre distraerlo una hora de escultura». Iba á probar cuán errado andaba, desde mi primera visita al hotel de la avenida de Ségur, en donde habita Ives desde que lo conozco, adorable asilo de trabajo y de ensueño, escondido entre los árboles, del otro lado de los Inválidos. Muchos de nuestros camaradas envidiarían sin duda el lujo de aquel hotelito del célebre escultor, como le envidiaban su celebridad. Nuestros celos, ay! sobreviven á menudo á la dicha que los inspira, y es una amargura más sentirse heridos por ciertos odios que se desen-

cadena contra una dicha que ya no nos pertenece!

Ives Clouet no estaba en casa. Pregunté por la señora. El criado vaciló un segundo para contestarme. En otro tiempo, la puerta de la joven dama estaba siempre abierta para los amigos de su marido, y aquella sola vacilación revelaba un cambio en hábitos que yo había conocido tan marcados por cierta bonhomía casi bohémica, por ese encanto incomparable de las costumbres artísticas cuando se alían á la honestidad. Sin embargo, el criado tomó mi tarjeta y volvió á decirme que la señora me recibiría. Una mirada me bastó, apenas entré al salón, para convencerme de que en realidad la huésped de aquella coqueta mansión no era la misma que yo había dejado en ella, la creatura sonriente y serena que parecía tener, en su esplendor, cierta placidez vegetativa, la gracia feliz y semi-inconsciente de una flor crecida sin esfuerzos, en natural armonía con la tierra y con el aire, los días de sol y los días lluviosos, sin hacer jamás otra cosa que crecer y abrirse. El dolor había tocado á aquel sér admirable, y tras el dolor, el pensamiento. Todavía era bella, pero con otra belleza, marchita, empalidecida, empañada por la vida. Dos pliegues se hundían en las comisuras de los labios, en los cuales se podía leer la contracción de divagaciones solitarias y tristes, prolongadas durante largas horas. Sus párpados estaban abatidos, y sus pupilas habían llorado. Todo su cuerpo parecía haber sufrido el contacto de la pena que se adivinaba en su fisonomía. La había conocido opulenta, de talle casi pesado, semejante á las robustas venecianas que Bonifacio y Giorgione evocan en sus *Conciertos Campestres*. La idea fija la

tiempos contribuyan á esa obra maestra viviente. Desde que sé que existe el niño, no imaginas cuántas precauciones tomo para que no rodeen á la madre sino impresiones de belleza. Pasa diez horas seguidas en el taller, en donde he dispuesto, además de los mármoles que conoces, los más nobles vaciados del arte antiguo: el *Hermes* de Olimpia, los *Caballeros* de Fidiás. Cuando salimos, es para correr al Louvre. Las tardes las empleamos en oír música, páginas de los maestros, de Beethoven, de Gluck, de Schumann, que ella ejecuta con la solemnidad apasionada y sutil que le conoces. Leemos versos de Hugo, de Gautier, de Ronsard, también de Shakespeare y de Homero. Quiero que lleguen hasta ese hijo, al través de los sentidos de la madre, las altas y delicadas vibraciones de la vida y que le dejen una gracia en los ojos, en la sonrisa, como un halo de ensueño en torno de su belleza. Es una estatua como cualquiera otra, pero viviente, á la que habré animado como *Pigmalion*.....»

Esta carta, que tengo á la vista, está fechada el 9 de mayo de 1891. El 14, exactamente cinco días más tarde, al descender Laura Clouet la escalera de cinco á seis peldaños que conduce del taller al jardín, deslizó un pie. Cayó con tanta desgracia, que dió á luz antes del tiempo un niño que más valiera no hubiese vivido; puesto que hoy, á los cuatro años, es una mísera criatura, un enano que lleva una gran cabeza hundida en hombros de jorobado, infeliz aborto que jamás crecerá y en el cual la *Némesis* ha herido doblemente al padre: el médico que asistió á aquel monstruo ha declarado que la madre no podrá tener más hijos.



PANDORA. — Por C. A. Lenoir

había como espiritualizado. Blancos hilos lucían ya en la espesura de su negra cabellera. Estaba sentada—aunque nos hallábamos ya á fines de abril—junto á una chimenea, cerca de la cual jugaba el niño con tanto orgullo esperado antes: una especie de gnomo de grandes ojos, demasiado expresivos en un rostro ya viejo, una de esas fisonomías ruines en las que vive un infinito de miseria, el absoluto presentimiento de un destino inexorable de humillación. A los tres años, Alberto Clouet, el hijo del magnífico atleta de energías vitales tan envidiadas y de aquella Venus de Milo, tan bella aún en su melancolía, era apenas más alto que un niño de seis meses, y el torso en donde se hundía su gran cabeza, lo hacía

deforme hasta no poder sufrir su vista. Además, el gesto de timidez que á mi llegada lo hizo replegarse hasta la madre, mostraba bien claro que la facultad de sufrir se había despertado ya en aquel lamentable embrión de futuro jorobado. Y la caricia de la mano materna sobre sus cabellos de un oro leonado, única belleza del niño, atestiguaba la profunda, la apasionada ternura de aquella mujer. Comprendí que ella espía en mi rostro, con la más ansiosa curiosidad, la primera impresión respecto á su hijo, y jamás olvidaré la luz que brilló en aquellas pupilas cuando mis miradas acariciaban los bucles del desdichado, tratando de hacermele simpático:

—Dé los buenos días á uno de sus amigos desconocidos, joven Alberto.....

—¿Os acordáis de su nombre? dijo la madre.—¿Os ha hablado Ives alguna vez de él, en sus cartas?

¿Podía yo contestar la verdad á una pregunta formulada con ese acento de súplica, con el cual las mujeres desgraciadas parecen implorar que no se las engañe? ¿Y podía resistir al deseo de saber detalladamente el drama moral cuyas trazas veía impresas por doquier en el rostro de la señora Clouet y en torno suyo, y cuya causa adivinaba? Comencé por interrogarla, sin sospechar que iba á provocar contra mí otro interrogatorio de su parte, horriblemente difícil de soportar:

—Pero, la había dicho yo, es muy natural que Ives me hable de su hijo. ¿Por qué os admira eso?

—¿Por qué? ¿por qué? repetía con una voz profunda, y, mirándome, con una mirada que me hacía daño, preguntó á su vez: ¿Y qué os decía?; luego, como yo vacilase, desconcertado menos por esta inquisición directa que por la visible excitación de la joven madre: Sois bueno, me dijo, no queréis, no podéis repetir lo que sé demasiado.....

—Os aseguro, señora, le contesté, que Clouet no me ha escrito nada que no pueda repetiros. No sé muy bien lo que os atormenta, pero comprendo que he tocado, sin quererlo, una herida dolorosa, y os pido perdón.....

—Ay de mí! repuso con un acento de prostración: no es solamente una herida, todo mi corazón sangra!—Luego, con una gracia lastimera en la sonrisa, continuó: Soy yo quien debe pedir os perdón: desde vuestra primera visita os inicio en aflixiones..... que pronto adivinaréis, concluyó, alzando los hombros adelgazados; y sus bellas manos, cuya flacidez pude comprobar en la flotación de las sortijas en torno de los dedos, se posaron sobre la cabeza del niño, que la miró con sus ojos profundos.—Vc á jugar, le dijo:

El desdichado se volvió á hojear un libro de imágenes en un ángulo del salón, con esa docilidad taciturna de los niños demasiado obedientes en quienes no bulle nunca la fuente exuberante de la vida, y un pesado silencio cayó entre la madre y yo, que ella rompió la primera.

—Debo á vuestra antigua amistad por nosotros una explicación, comenzó á decir con cierta especie de solemnidad—pero pienso que no tendría el valor de hablaros, si no esperara de vos un servicio, que sólo vos podéis hacerme, *hacernos*. Hace meses que estoy por escribiros y siempre vacilo. De todos los amigos de Clouet, sois su preferido. Luego, los otros, ya no frecuentan nuestro triste hogar.

—¿Luego Ives ha variado mucho?

Aquella tristeza, aquella excitación, aquellas quejas mezcladas de reticencias, hacían todavía oscuro para mí el misterio de la tragedia moral que el nacimiento de Alberto había producido entre ambos esposos. Presuntuía que la señora Clouet era desgraciada y temía que sus confianzas agravasen su estado.

—Muy variado, contestó,—¿y por qué razón? Sabéis con cuanta pasión deseaba tener un hijo; os acordáis de cómo lo esperaba, cómo esperábamos ese hijo..... Reflexionando después, he comprendido muchas cosas que antes no entendía. He comprendido que estábamos demasiado orgullosos de nuestra juventud y nuestra fuerza, así como de nuestro amor; yo, orgullosa de su genio, y él, más orgulloso aún—ahora que blanquean mis cabellos puedo decirlo—sí, más orgulloso aún de mi belleza. Y todavía no estábamos satisfechos, todavía le pedíamos á la suerte aquel hijo ideal que él me describía, en una exaltación que yo también compartí!..... Era demasiado, sí, demasiado!..... Habéis visto con cuánta crueldad hemos sido castigados en nuestra dicha..... Todo lo hemos pagado de un golpe, cuando ví



LA VISPERA DE WAGRAM: Paso del Danubio, 1809. — Por Gardette

¿Ives tomar aquel pobre sér entre las manos, mirarlo, mirarme, y entregármelo con un gesto que estuvo á punto de matarme.....—y, oprimiendo mi brazo con su mano convulsa, la mujer del escultor agregó, con los ojos brillantes y la voz ahogada:—Acababa de descubrir que Ives odiaba ya á su hijo.

—Pero eso es imposible!..... exclamé. Permitidme afirmaros que todo ello es pura suposición. Sois madre, señora; tenéis un corazón más delicado que el hombre, más vulnerable, más susceptible, y.....

—Cuando veáis á Clouet en presencia de su hijo, me interrumpió, comprenderéis cuánta razón tengo..... Oíd: continuó con cierta aspereza de acento reveladora de una larga desesperación, á tiempo que su voz se hacía más baja, como si temiese que el niño la oyera y comprendiese.—¿Os parece monstruoso, no es cierto, que tanta y tan injusta miseria no ha solicitado venir al mundo. Ha nacido: la fatalidad quiere que una prueba terrible pese sobre toda su existencia..... Es una razón para amarla doblemente, pagándole de antemano en ternura la alegría de vivir que le será rehusada siempre..... Pues bien, nó. Ives jamás ha podido perdonarme esto, no ha podido perdonárselo á su hijo..... Yo, que lo conozco bien, cuando entra en la alcoba y ve al niño, leo en sus ojos una aversión que me hace daño..... Ah! horrible daño!..... Es como si al lado del pobre pequeñuelo, que en nada es culpable, viese distintamente, realmente, *al otro*, al que había soñado..... ¿Os acordáis que hablábamos ya de él como de un sér existente? Dios mío! Tanto amamos á aquel hijo imaginario!..... Decidme, ¿no es una locura, no es una crueldad, no es un crimen, no amar al que nos ha nacido, que sufre en su carne, que respira, que es nuestro? Y por qué? A causa de una ilusión, de una idea que no ha encarnado jamás!..... Esa es la locura de Clouet desde que nació su hijo. Esa es su crueldad. Ese crimen lo comete todos los días, á toda hora.....

—Calmáos, la dije, puesto que tanta confianza tenéis en mí, os prometo hablarle, volverlo en sí..... Sé cuánta generosidad abri-

ga su corazón. Es probable que sea víctima de una idea fija. Ciertos pesares producen ese efecto, justamente en sensibilidades de artistas como la suya. Luégo, el tiempo todo lo vuelve á su lugar,—el tiempo y el trabajo.....

—Van para tres años que no hace nada, replicó la señora Clouet. Al pronunciar esta frase, una nueva tristeza de desaliento brilló en sus ojos hundidos. Yo, que la había conocido tan prendada del talento de su esposo, tan cándidamente, tan absolutamente asociada al esfuerzo feliz del noble artista, adiviné cuánto dolor representaba aquella frase para ella, cuando yo mismo había admirado y envidiado tanto la entusiasta constancia de Ives Clouet, sus alegres fiebres de creador fácil, el denuevo feliz de su invención. Era para confundirse ante el enigma de aquella súbita impotencia.

—¿Tres años que no hace nada? repetí. El, Clouet, ese infatigable..... Es inverosímil!

—Es, empero, la verdad, insistió ella. En vano ha tratado de trabajar. Lo intenta siempre. Pero se diría que lo ha atacado una especie de enfermedad que lo disgusta de todo cuanto emprende, antes de haberlo concluído..... Antes, tenía como magia en los dedos. Jamás una idea que no tomase forma, jamás un sueño que no se realizase..... Cuando atacaba un bloque con algún proyecto y sentía que la obra se desviaba, sobre la misma talla cambiaba el proyecto, en la arcilla, en el mármol mismo. Un día, lo he visto, á golpes de cincel, terminar en Baco una estatua que había empezado en ninfa. Es aquella del Parque Monceau, acaso su obra maestra. Ahora, parece que esa confianza se haya agotado en él, quebrado más bien, como un resorte que se rompiese. No creáis que tiene por eso menos talento. Cuando veáis los esbozos que sucesivamente ha ido aglomerando y abandonando, os convenceréis de que nada ha perdido, salvo esa fuerza de terminar, de la que decía antes que era el gran deber del artista..... Si supiéseis cuánto intenta reaccionar! No tanto durante el primer año, en que era tan desdichado como yo, sino luégo, cuando me apercibí de que su carácter cambiaba, de que se disgustaba siempre, y siempre más, de que—

la señora Clouet pareció vacilar—buscaba distracciones indignas de él..... Hubo una época en que pasaba las tardes, las noches, en el círculo, jugando..... Pero yo le perdono todo, todo..... menos que odie á su hijo!

—Lo que me referís es bien raro; pero ¿no habéis tenido una explicación con Clouet? ¿No le habéis hablado como me estáis hablando?

—No he podido. He tratado de hacerlo. Pero la primera vez me contestó chanceándose, con cierta ligereza hiriente para una mujer que sufre. La segunda vez, se chanceó aún; y la tercera, montó en una cólera de que siempre me acordaré y permaneció una semana sin decirme una palabra. No me he atrevido más..... Me da miedo..... Probablemente, á una cuarta intentona, me abandonará, nos abandonará. Sin embargo, me he puesto á esperar estos últimos tiempos. Hace quince días ha vuelto á trabajar con un poco de aquel ardor que le conocisteis. En lugar de salir en la mañana ó en el mediodía, como lo hacía desde hace meses, se vuelve á encerrar en su taller..... Pero, condena la puerta. ¿Queréis que tenga una explicación con él? ¿Queréis medir hasta donde llega el rencor que me guarda por la última tentativa?..... No me ha dicho una sola palabra de la obra en que se ocupa. Oídlo bien, ni una palabra! Antier, después del almuerzo, como le notara su mirada de otro tiempo,—¿os acordáis de sus hermosos ojos brillantes de genio, cuando amasaba la arcilla durante cinco horas y *veía* su estatua?—me acerqué á él al levantarnos de la mesa y le pregunté:—¿Tienes un nuevo trabajo entre manos?—Sí, me dijo, y noté que se ruborizó un poco.—¿Un grupo ó una figura aislada?—No lo sé todavía, me contestó.—¿No me mostrarás el esbozo? ni siquiera me dirás el asunto?—Se ruborizó más aún y balbució: Más tarde.....—Luégo, me abandonó bruscamente, como si mis preguntas lo incomodasen. Dios mío! continuó la pobre mujer, juntando las manos—comprenderéis cuánto sufro, si os digo que ese silencio de Clouet acerca de su nueva obra me espanta. Es insensato, pero me parece que cuando me dijo: «Más tarde», volvió los ojos hacia Alberto de



MATRIMONIO EN BAVIERA. — Por L. Braun

una manera tan cruel!..... Ah! vos, que sois su amigo, que sois nuestro amigo, promettedme qué trataréis de ver ese esbozo—á vos sin duda os lo mostrará—y me diréis la obra que ha emprendido, y si lo amáis, ayudadlo, animadlo hasta el fin. Que una sola vez, una siquiera, concluya cualquier cosa, y nos habremos salvado.....!

—Os lo prometo, señora, contesté casi solemnemente.

IV

Ciertamente, en mi vida de novelista he recibido un gran número de confesiones, algunas de ellas bastante singulares, tan natural es en nuestra especie la necesidad de expansión. En épocas de fe profunda, las almas cargadas con el peso de su desdicha ó de sus faltas, iban adonde han debido seguir yendo; hacia los que pueden hablar al dolor de otro universo y de una equidad suprema. Todo ha cambiado ahora, y, merced á la fatuidad, los escritores que se dedican á analizar los sentimientos han llegado á ser los confesores profesionales de los enamorados y enamoradas, desde luego, y después, del inmenso rebaño de *egoístas imaginativos*, para quienes las emociones no serían completas si no las propagasen en sus charlatanerías. Coloco entre las más conmovedoras de esas confesiones la que acababa de hacerme la señora Clouet, no por darme un tema de novela, la infeliz criatura! sino por una confianza desesperada en mi imperio sobre su esposo. Ese imperio era quimérico, puesto que el escultor me había demostrado desde nuestra juventud una calurosa afección, justamente porque yo aceptaba su invasora personalidad sin discutirla. Esto no significa que el llamamiento de la señora Clouet no hubiese sido demasiado doloroso para dejarme indiferente. Además, la asombrosa anomalía sentimental descubierta en mi antiguo camarada, bastaba para interesar profundamente la curiosidad de puro carác-

ter humano que vela en el fondo de todo escritor.

Hé aquí por qué, dos días después de aquella visita, volví al hotelito de la avenida de Ségur. Había pedido á Clouet una audiencia, en una carta en que le decía mi impaciencia por ver las nuevas obras que lo habían ocupado durante nuestra larga separación, y, detalle que me pareció de favorable augurio para la pesquisa á la cual deseaba entregarme, me había contestado inmediatamente, prometiéndome mostrarme su taller: «*No encontrarás casi nada nuevo; sin embargo, me gustará oír tu opinión acerca de una estatua que pienso terminar hoy mismo. Es la única obra completa que hago después de tres años. Voy envejeciendo*». Había subrayado estas dos palabras, escritas, como el resto del billete, con una letra menos firme y más nerviosa. Sabría por fin lo que deseaba saber por sí misma la señora Clouet. Me produjo tan fuerte impresión aquella melancolía, que por primera y única vez en mi vida, traicioné la gran causa de la franc-masonería masculina. Envié á la señora la carta de su esposo, á la cabeza de la cual escribí: *Valor!*..... un grito de todo mi sér hacia aquel corazón de madre y esposa cuya herida sangrienta había sondado. Pude reconocer cuanto más profunda de lo que yo pensaba era aquella herida, cuando ví que desde la ventana espiaba mi llegada y que ella misma vino á abrirme, pálida y temblorosa, y me suplicó, tomándose las manos:

—No me ocultaréis nada de lo que os diga, aun cuando os hable de Alberto..... Prefiero saberlo todo!

Entré en el taller, íntimamente conmovido por aquella postrer y doliente súplica de la madre; y, sin embargo, debo confesarlo! más interesado aún por el misterio moral que provocaba aquella súplica. Que el amor apasionado de la belleza altere en ciertos artistas algunos de los sentimientos de simple humanidad, lo sabía desde tiempo atrás; pero que

esta alteración llegase hasta desnaturalizar un alma de hombre, al extremo de abolir en ella el amor paternal, al extremo, sobre todo, de reemplazar ese amor con el odio de que me había hablado la señora Clouet, me parecía una perversión inaudita del corazón por la inteligencia. ¿Era posible que la decepción de aquella paternidad frustrada hubiese paralizado la fecunda imaginación de un creador tan espontáneo, tan amplio, tan rico, hiriéndolo de súbita esterilidad? Tales cuestiones me asediaban, y el aspecto de Ives Clouet, tal como me apareció en el vasto taller, no fue para tranquilizar mi curiosidad. Si en su joven esposa el cambio había sido notable, en él era más evidente aún la metamorfosis. Lo había conocido atleta tranquilo y sonriente, orgulloso de su vigor, al parecer invencible por la vida; y me hallaba ahora frente á un neurópata, agitado, inquieto, envejecido en diez años, los ojos irritados, los gestos violentos. Sus cabellos habían emblanquecido también; estaba demacrado. Por la primera vez, aquel afortunado, aquel satisfecho, hallaba frente á sí algo severo; y yo, que recordaba sus teorías de juventud, las insolencias de su dicha soberbia de pagano moderno retando al destino, comprendí al verlo, cuánto lo había hecho sufrir el mentís dado por la deformidad de su hijo á todos sus orgullos, y se lo manifestó sencillamente. Por transformado que estuviese, continuaba siendo el mismo en un punto: el horror de las perífrasis y de las circunlocuciones. El más seguro, el único medio de conocer lo que pensaba de su hijo, era preguntárselo. Con otro, el procedimiento habría sido brutal: con él, era una delicadeza evitarle lo que más detestaba en el mundo: los equívocos y las alusiones.

—He sabido que has sido muy desgraciado, comencé á decirle, y no te he escrito, porque no hay palabras con qué lamentar ciertos infortunios.

—Y yo no te he escrito, me contestó, por



BONAPARTE EN EL SITIO DE TOLON. — Por Le-Dru

la misteriosa estatua que la señora Clouet deseaba saber si concluiría; y á medida que el escultor hablaba, aquel fantasma de arcilla y de tela comenzaba á animarse para mí con una existencia más enigmática aún.

—Ves. Nada nuevo en el taller, yo, que antes habría tenido tantas obras que mostrarte..... El hombre se siente herido, cuando sufre, hasta el fondo de su postrer energía. Mi fuerza estaba en mi arte, y, durante tres años — óyelo bien — tres años!..... he conocido la impotencia. Tú no conoces eso, esa tortura de la idea fija, imposible de arrancar, como si fuese una lámina rota dentro de una herida, y que no os permite seguir otro pensamiento, otro ensueño, otra voluntad. Luego, desde ese nacimiento, hay en mí como la aprensión de que voy á pagar toda mi felicidad, de que, de ahora para siempre jamás, no habrá de realizarse ninguna ambición mía, de que pesa un destino adverso sobre mi virilidad..... ¿Entiendes? Otros más grandes que yo se han visto abatidos por la creencia de que, concluida la juventud, también ha concluido el talento. Musset no escribió nada más, pasados los treinta años. Y entre nosotros, los que aún trabajan mientras envejecen, ¿no crees que han atravesado esa crisis de duda cuando se ha marchado la juventud, la santa juventud!..... Esa crisis, yo debía sentirla más que ninguno, porque no sabía que envejecería, no quería creerlo. Me tendrás por un insensato, pero durante quince años he sido como se pretende que son los orientales: *nunca he sabido mi edad*.....

Subrayó estas palabras con tal gesto de emoción, que no pensé en sonreír. Poco á poco iba esclareciéndose para mí la dolorosa tragedia interior de que había sido víctima.

—Comprendo, le contesté; el nacimiento de tu hijo ha sido una doble desgracia: por sí misma y por la época de tu vida en que se ha verificado. Has sentido el golpe con más intensidad, porque á través de él has sentido también lo demás: la huída inevitable de los años, la

necesidad de aceptar, de organizar la derrota ineludible. Pero conservas aún tantas cosas de la vida; desde luego tu mujer.....

—Es lo peor, me interrumpió con viveza. Comprendo que esto es menos razonable que todo: la he guardado tanto rencor!..... Rencor por su caída ahí, á dos pasos; rencor por no echar de menos lo bastante al *otro niño*, al nuestro, al verdadero; y rencor por su amor apasionado para éste; por su edad, por sus lágrimas, por sus cabellos blancos, por sus palabras y por sus silencios..... Cuando te digo que durante tres años he estado loco! Y, ni una obra!..... ni una sola!..... Esos tres años es como si no los hubiese vivido.....

—¿Y ahora? le pregunté, y le mostraba la masa blanca de la estatua velada, á la cual se había aproximado al hablar y en la que también se habían fijado sus ojos. Un relámpago de orgullo iluminó de nuevo su semblante. Por uno de esos súbitos milagros, habituales en esos organismos todos nervios, su fisonomía había cambiado. Volví á ver al Clouet de la juventud, al visionario de belleza, con sus manos de infalible obrero al servicio de sus visiones. Sincero, ferviente, casi solenne; y con cierta tremulación, sin embargo, de culpable, en sus palabras, me contestó:

—Ahora, he podido trabajar, por fin!.....

que no hay palabras para narrarlos. Laura me dijo que habías venido antier..... ¿Has visto el niño?.....

Formuló esta pregunta con tan exaltada brusquedad, que á pesar de conocer su franqueza, me desconcertó.

—Sí, le contesté..... ¿Pobre niño!..... Cuánto debes compadecerlo!..... Qué prueba para un sér humano que ha de recibir la vida en esas condiciones?.....

—Compadecerlo!..... Compadecerlo!..... repetía. Sus pupilas se oscurecieron, su rostro expresaba ese sufrimiento, reprimido y mudo, de los rencores injustos, en los que hay á la vez cólera y remordimiento. Y continuó:— Sí, tienes razón: es el único sentimiento que puede inspirar ese niño: piedad!..... Pero, si supieras cuán duro es para un padre decir eso, que su hijo será hasta la muerte el objeto de la caridad pública; para mí, que siempre he sentido un estremecimiento de rebelión, á la sola idea de que alguien pudiese compadecerme!..... Será orgullo, todo lo que quieras. Pero un hombre no se mantiene en pie, frente á la vida, sino por el orgullo. Preferiría todo en el mundo, antes que sufrir la piedad, aun de un amigo, aun de mi mujer. Rechazo esa limosna. ¿Qué quieres? Es monstruoso, es inhumano, pero no puedo hacer otra cosa. No

puedo compadecer al infeliz Alberto..... no puedo, no quiero!.....

Había lanzado aquella profesión de fe rabiosa, en donde palpitaba su indomable paganismo de antes, pero hecho cruel; y su acento era demasiado acre, demasiado amargo; para que yo pudiese engañarme: lo pensaba como lo decía. Sus rebeliones eran sinceras contra la más cristiana de las emociones, la más extraña á aquel orgullo de la vida que continuaba proclamando, la menos estética también y la menos intelectual. Pero el hombre no es todo orgullo, no es todo idea; y por sobre el artista descreído, que no aceptaba la humillante enfermedad de su hijo, la fealdad de aquella carne salida de su carne, el sér instintivo palpitaba en Ives. El llamamiento de la sangre murmuraba bajo el clamor de su paganismo rebelde. Aquella misma cólera que experimentaba contra su hijo, monstruosa, infame, abominable, traicionaba combates interiores, una lucha desesperada, la posibilidad de un día, de una hora en que aquella alma atormentada volviese sobre sí misma. Entre tanto, concluía sus confidencias, que eran como un desquite punzante de las confidencias de su esposa. Marchaba nerviosamente por el salón, en cuyo centro llamaba mi atención una forma envuelta en un lienzo humedecido. Era



LAS TANTALIDAS EN EL MURO DE GRAFFITI. — Por M. F. Hipolyte — Lucas

He hecho lo que vas á ver, lo que vas á ser el primero en ver..... Hace un mes, como acabase de levantarme y me pasease solo por el jardín, el sol radiaba, cantaban los pájaros, se estremecían los follajes, y las rosas comenzaban á abrirse en mis rosales. Durante un minuto, tuve la impresión de la primavera y de su fuerza irresistible, que, en mi juventud, me embriagaba como un vino. Me senté al fondo, sobre el banco de mármol que he esculpido yo mismo y me puse á acariciar con las manos los amores que juegan con las guirnaldas y que sirven de brazos á aquel reposorio. El recuerdo de la época en que había ejecutado aquella fantasía se apoderó de mí con una precisión increíble, y en el mismo instante, la vergüenza de mi decadencia..... Sí, tuve vergüenza de mí mismo, en aquel sitio, ante aquellos viejos árboles que aún daban hojas, ante aquellos viejos rosales que aún reventaban en botones, ante aquel rincón de la eternal naturaleza, en donde la vida universal continuaba trabajando, luchando, creando. Caí en uno de esos ensueños que deben parecerse al fenómeno que se verifica en las ramas, precisamente cuando la savia circula en ellas sin que el árbol se mueva, sin que el tronco sospeche la flor que se elabora en él, que se teje bajo su desnuda corteza, que va á brotar..... Poco á poco me apareció una idea de estatua, vaga al principio, imprecisa, indistinta, luego, tan clara, tan destacada en mi campo visual, como aquellos follajes y aquellas rosas. Si hubiese surgido en medio del musgo, sobre su zócalo blanco, no habría sido tan perceptible á mi vista..... Aquella estatua era la del hijo que con tanta vehemencia deseé tener, que habría tenido antes de esa fatal caída..... Estaba delante de mí, de piés, á los quince años, tallado en mármol en la desnudez magnífica de una adolescencia de joven días. Tenía todas las formas de mi

cuerpo, con los atractivos, los piés y las manos de su madre. De ella tenía el óvalo del rostro, la barba, las orejas, la frente, la sonrisa de las mejillas, y esa boca un poco hinchada, la sublime boca de las cabezas griegas del siglo sexto, en las que todavía hay algo del Egipto. Sus bucles caían sobre la frente, y allí, bajo la arcada de las cejas, tenía sede esa noble profundidad que dá á las miradas de Laura cierta expresión de gravedad y de dulzura..... En fin, era nuestro hijo, y yo iba á tratar de modelar en la realidad aquella estatua; iba á hacer el retrato de aquel hijo que no había vivido sino en mi ensueño!..... ¿Cómo no se me había ocurrido esto antes? ¿Cómo y por qué me sorprendía tal pensamiento en aquel sitio y con semejante intensidad? No lo sé. Pero sí sé que me levanté del banco, trémulas las manos, palpitante el corazón. Entré en el taller con una emoción que no puedo describirte, tal mezcla había en ella de entusiasmo y de miedo, de deseo y de desconfianza. ¿Volvería á encontrar, para aquella obra que tenía en la cabeza, tan presente, tan clara, tan bella, mi vigor perdido? Sí. Aquel hijo que la suerte no me había permitido tener en carne y hueso, al fin lo tendría en esta materia que parece muerta, pero que cuando se la ha impuesto una forma, vive, con una vida superior á la otra, puesto que desafía á la muerte. Y comencé á amasar la arcilla, piadosamente, religiosamente. Ah! Durante las primeras sesiones de aquel trabajo único, no imaginaba los trances, los entusiasmos, los desalentos, y cuando *él* se ha erguido en realidad, cuando he palpado *sus* músculos, tocado la delicadeza de *sus* miembros, encontrado *sus* ojos! Ha poco me quejaba de mis pesares, pues mis gozos me han resarcido, te lo juro..... Pero, vas á verlo.

La exaltación le poseía por completo; sus

manos temblaban, en efecto, al desenvolver los lienzos húmedos, y continuaba:

—Lo he alegorizado en David, á causa de la frase de la Biblia. No recuerdo en dónde la leí, y me ha gustado apasionadamente: *Erat autem rufus, et pulcher aspectu, decoraque facie. Et ait Dominus: Surge, ungue eum, ipse est enim.*—«Y era rubio, y bello de porte, y de noble faz. Y dijo el señor: Vé y úngelo, por que es *él mismo*». Son las tres palabras que pienso grabar en la base: *Ipse est enim. Es él mismo!*..... Atiende, mira.....!

V

Caído el último lienzo, la estatua se erguía, intrépida, en esa sinceridad del modelaje directo, en que se siente el toque del esbozador, la mano del artista, su espíritu, su fiebre. Jamás, en sus mejores días, se había aproximado tanto el escultor á la belleza perfecta, como en aquella obra cuya génesis dolorosa y quimérica me había referido. El Triptolemo de la célebre estela del museo de Atenas, entre Demeter y Perséfone, no era más elegante de estructura y de actitud que aquel David, simplemente erecto sobre la pierna derecha, con la izquierda un poco avanzada, como las estatuas arcaicas; y la gracilidad vigorosa de las piernas, la suave comba de las caderas, la delgadez apenas musculada de las espaldas, la delicada línea del vientre, le daban á aquel cuerpo de adolescente un carácter incomparable de esbeltez viril y de energía, en tanto que la fineza de las manos y de los piés y la delicadeza de los rasgos encuadrados en los bucles de una cabellera enrespada á la manera de Leonardo, revestían á aquel sér delicioso de una languidez completamente mujeril. Era realmente la fusión de las dos bellezas, la una varonil, femenina la otra, que el artista había soñado y realizado. Para mí, que sabía de cuánta melancólica fantasía era el remate,



SANTA LUCÍA: Llegada del vapor Hecla

aquel David—en el que reconocía algunos de los gestos de Clouet, su estructura, su actitud, y la sonrisa, la gracia, la mirada de su joven mujer—aquel David tenía algo de aparición, debo decirlo? casi de sacrilegio. Nó, aquel no era un David, el príncipe que debe vencer y reinar! Era la imagen de un joven héroe que no vivirá, un Eurialo á quien su Neso llamará en vano, un Icaro que zozobrará en el implacable océano, un Orfeo á quien desgarrarán las crueles manos de las Ménades,—una figura sin promesa de porvenir, y tan heroicamente, tan tristemente bella!..... Apenas podía yo, tan emocionado estaba, expresar mi admiración, de la que gozaba el artista, con cierta candidez de orgullo muy natural ante semejante estatua. Nosotros no podemos hacer tales cosas. Ellas se hacen en nosotros, á pesar nuestro..... Y como ambos callásemos, hé aquí que oímos venir de fuera, de aquella puerta de donde había caído la madre de Alberto en su embarazo, una queja, sorda al principio y contenida, un gemido entrecortado por sollozos, el lamento más desesperado que jamás me haya herido el corazón..... Ives y yo nos miramos. Sobre su rostro transfigurado por todas las fiebres del entusiasmo, pasó como una angustia, como el remordimiento de un crimen. No teníamos necesidad de ir á levantar la cortina, para comprender que era Laura quien así lloraba. Había venido hasta allí, empujada por una curiosidad irresistible. No había osado franquear el umbral y desde allí lo había oído todo,

con qué sentimientos, bien lo decían sus gemidos! Aquella queja crecía, crecía siempre; y el rostro del escultor se contraía más aún, hasta que dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas demacradas. Y de pronto, sin cuidarse de mi presencia como si yo fuese una de las figuras de vaciados suspendidas en los muros, se precipitó hacia la puerta. Vió sentada en los peldaños de la escalera, á su mujer que sollozaba estrechando contra sí al pobre sér abortado y deforme para quien su padre había tenido durante tres años tan extraño odio, y, con una sorpresa que á mí también me arrancó lágrimas, vió que aquel hombre se arrodilló, estrechó á la esposa contra su seno, y tomó al niño en brazos, diciéndole:

—Ah! perdóname..... perdóname..... Siento que lo amo. Te juro que lo amo y que no sufrirás más. Mira..... Pero mira!.....

Y cubría al pequeñuelo de besos apasionados, en tanto que la madre, conturbada por el estupor de hallar en su marido una piedad que no esperaba, apoyaba la cabeza sobre su hombro, con un gemido que fué dulcificándose, dulcificándose suavemente. Comprendí—y después me lo han comprobado los sucesos—comprendí que el escultor era sincero y que podía realmente amar al pobre aborto, ahora que ya poseía en su taller el hijo tanto tiempo soñado. Tenía delante, en el grupo de aquellos tres seres reconciliados, á algunos pasos de la estatua en arcilla, inmóvil en su pedestal, el símbolo del *beneficio del arte*, y luégo, lo ví

más aún, cuando la madre, al levantar la cabeza y continuar estrechando sobre el pecho al hijo viviente, sonrió al otro, al hijo que pudo y debió tener,—á la obra liberatriz que le había devuelto á su marido.

ELOY G. GONZALEZ.

RITORNELLO

Insisto, no importa, mi pasión es terca,
Y será forzoso que el rigor ablandes:
He de ver á solas y cerca, muy cerca,
Tus ojos profundos, azules y grandes.

En noches de ausencia, mirando en las olas
Brillar los reflejos de lejanos mundos,
Pensaba en mirar de cerca y á solas
Tus ojos azules, grandes y profundos.

¿Ruegos, amenazas? ¡Si todo es lo mismo!
Igual que me ofendas, igual que me adules.
Perdóname y mírame. Me atrae el abismo
De tus ojos grandes, profundos y azules

FRANCISCO A. DE ICAZA.

CARABOBO

MUERTE DE PLAZA Y DE CEDEÑO

I

Quizá por la vez postrera,
Tremoladas frente á frente,
Van, á cual más altanera,
La castellana bandera
Y la del libre insurgente.

Al verse, sin miramientos
Resuelven probar fortuna,
Y hay choques y movimientos
Esforzados y sangrientos,
Aunque sin ventaja alguna.

Pero la sangre vertida
Mucho al fin la saña encona
De la gente enfurecida
Que combate á la salida
De la Pica de la Mona.

Y alto el pabellón teniendo,
Y sin que en nada se cure
De cómo va decreciendo,
Resiste choque tremendo,
Firme, el batallón Apure.

Sabias en usos de guerra,
Siempre con valor sereno,
Las cohortes de Inglaterra
En línea, rodilla en tierra,
Mueren sin perder terreno.

Y aunque en su auxilio se lanzan
Los Tiradores de Heras,
Como las balas alcanzan
Y aclaracen sus hileras,
Muy poco y tardos avanzan.

Viéndolo, del menoscabo
De los dos cuerpos primeros,
Paez salir hace al cabo
A los ochenta lanceros
De Vasquez y de Angel Bravo.

No mayor pavura dan,
Cuando al mandato de Dios
Los rayos y el huracán
Por el ancho espacio van
Dejando ruinas en pos;

Que la columna llanera,
Cuando, al volver la agresión,
Gritando, en rauda carrera,
Logra hender la hueste entera
Que le hace oposición.

Lanzada á su centro ardiente
Da, al mirarse circüida,
A diestra y siniestra frente
Con el furor vehemente
De quien lucha por la vida.

Que sus lanzas se diría
Son relámpagos y rayos,

Y que con la gritería
Se exalta de los caballos
El ímpetu y la energía.

Y bien combaten! Lancean
A ambos lados, y con maña
Se esquivan y escarcean,
Evitando á los de España,
Que sin fruto así pelean.

Y aunque estos se enfurecen,
Y aunque su número aumenta,
Como más también perecen,
Las ventajas prevalecen
De parte de los ochenta.

Pero ya Paez alcanza
A Muñoz que de las breñas
Sale, y á aquella matanza
Con sus picas apureñas
A todo escape lo lanza.

Jamás crecido torrente
Cayó sobre una pradera
Con impetuosa corriente,
Como tan bizarra gente
Al arrollar á la ibera.

El estrago hecho dilatan:
Llenos de coraje insano
A unos hieren, á otros matan,
Los rompen, los desbaratan
Y persiguen por el llano.

II

«Viva Colombia» se escucha
Al instante resonar,
Y aunque es la algazara mucha,
Porque aún se brega y lucha
«Viva» se vuelve á escuchar.

Y grito es de vencedores
Que así también lo proclaman
Los ruidos halagadores
Que clarines y tambores
Ya por el aire derraman.

Con generosa efusión
«Vivan las huestes llaneras»
Se oye gritar, en unión
De la Britana Legión,
A los soldados de Heras.

Y ese grito, que adjudica
Toda la prez al llanero,
Se difunde y multiplica
En el angosto sendero
De la enmarañada Pica.

Disipado como un sueño
Ven así las divisiones
De la Plaza y de Cedeño
El constante noble empeño
De señalar sus acciones.

Y el primero, que no entiende
Cómo se venza sin él,

A la suya desatiende,
Y marcha al combate emprende
Aguijando á su corcel.

Salva, atropella en su ira
Cuanto obstruye el paso estrecho;
Y párase, porque mira
En el segundo el despecho
Que tal victoria le inspira.

«General, ¿qué os acontece?
Le dice, que algo os molesta
De vuestro rostro aparece.»
—«Es que esa grito me escuece»
El otro da por respuesta.

Y calla, mas al momento,
De un arranque poseído
De pesar ó desaliento,
El diálogo interrumpido
Sigue así con triste acento:

—No más gloria militar
Para nosotros! Qué hacer?
¿De quién ahora triunfar?
¿Qué lauro hay que pretender?
¿Qué proeza ejecutar?

—Nada hallo que nos impida
De intentar una el arrobó.
—Cuál es? decid, y emprendida
Será.

—Morir! ¿qué es la vida
Sin vencer en Carabobo?

¿Ois? disparan! indicio
De que hay bravos todavía
Que, haciendo honor al oficio,
Prefieren el sacrificio
A deponer la osadía.

Con pecho y con brazo fuerte
Combatamos su ardimiento
En firme lidia, de suerte
Que laurel nos dé la muerte
Tan claro como sangriento.

Creedlo, en mi ansia de gloria
Cuanto concibo y me halaga
Es esperar que la Historia,
Si muero así, como aciaga
Cuenta y lllore esta victoria.

¿Ni á qué tener por quimera
Buscar tan heroico fin,
Cuando es la sola manera
De que nos nombren siquiera
Mañana en el boletín?

Cedeño, que mal se aviene
A largas exhortaciones,
Interrumpe y las contiene,
Diciendo: «no más razones:
Muramos; ¿qué nos detiene?»

Y ambos el bridón hiriendo
Con el agudo acicate,



BONAPARTE EN ITALIA. — Por Boutigny

Guiados por el estruendo,
Se dirigen al combate
La muerte ó gloria pidiendo.

III

Valientes de buena ley,
Ya influidos de mal astro,
Siguen defendiendo al rey
Los bravos de Valencey
Y los firmes de Barbastro.

Su fama tan merecida
Este disputa, al azar
Toda esperanza perdida,
Y como serpiente herida
Se retuerce sin cejar.

Y se mira á sus guerreros
Que en frenético heroísmo,
Fuertes como nunca y fieros,
Resisten á los llaneros
Con que empuja Paez mismo.

Plaza, que emularlos quiere,
Aprovecha este momento;
Se lanza al contrario, hiere,
Sin piedad destroza, y muere
Lauréando su ardimiento.

En tanto, porque se pruebe
La instrucción de que se ufana
Cual fiera á quien no se atreve
Ninguno, en cuadro se mueve,
Valencey en la sabana.

Ese reto irrecusable
Ve Cedeño, y sin dominio
De sí, juzga que su sable
Basta á romper formidable
Tal máquina de exterminio.

En vano este pensamiento
Se le tilda de locura,
Cada razón ó argumento
Más á realizar su intento
Lo decide y apresura.

Y rigiendo á pocos, carga;
Con brazo hercúleo y experto
Abre una brecha, y la alarga,
Cuando suena una descarga
Y del bridón cae muerto.

IV

Ambos así conquistar
Supieron gloria bien alta,
Con muerte tan singular.

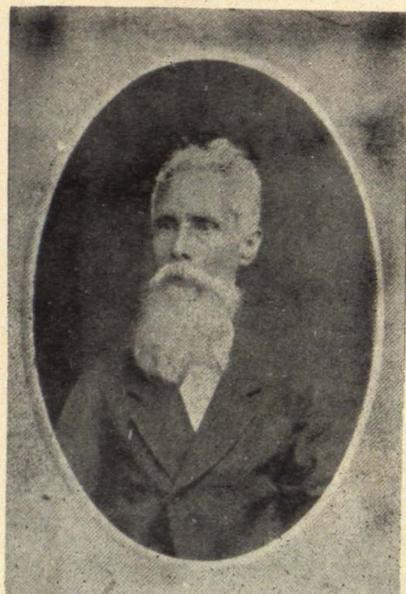
El boletín los exalta
De Paez mismo á la par.

Bolívar por vencedores
Los tiene, así los aclama,
Y en un decreto de honores
Los lega, entre mil loores,
A la pregonera fama.

Que esa muerte meritoria,
En su asombroso realismo,
Eclipsa, si no la gloria,
Al menos el heroísmo
Del que obtuvo la victoria.

En la escala del deber
Que el patrio amor ha fijado,
No es lo más grande vencer,
Sino en esfuerzo abnegado
Inmolarse y perecer.

Porque, como siempre influyen
En el alma sentimientos
Que el sacrificio rehuyen,
En esa muerte se incluyen
Todos los desprendimientos.



DOCTOR MARCELINO RODRIGUEZ

Como un homenaje á los últimos representantes distinguidos de la generación casi extinta ya, que con sus virtudes eximias, sus talentos esclarecidos y su ingenua labor hicieron la honra y la gloria de su tiempo, legando prez á la patria, traemos á nuestras columnas la efigie del anciano y notable facultativo que hace dos meses bajó á la tumba, en su retiro de Choroní, adonde desde el año 42 le llevaron los deberes de su profesión y en donde fijó residencia y fundó hogar, seducido por la paz y los encantos de aquella naturaleza cantada por los viejos poetas y por las muestras de cariñosa acogida que recibió de sus moradores, y que le fueron tributadas durante su vida beneficiosa y digna.

Discípulo del eminente Vargas, desde el tercer curso médico que rigió en la Universidad el esclarecido fundador, se distinguió por sus excelentes dotes, por su contracción y por su aprovechamiento, hasta merecer que el Maestro le designase para el nombramiento de Preparador de Anatomía.

Ejerció su caridad y su ciencia en los Valles de Aragua, hasta su viaje á la ciudad que fue su predilecta y que ha recogido sus cenizas, en la que se unió con la señorita María del Rosario Bello, hermana del inmortal cantor de la *Zona Tórrida*.

Amigo de inalterable confianza y de especial aprecio del General Páez, fue llamado á su lecho de enfermo cuando padeció grave dolencia en Calabozo el Aquiles llanero, quien restablecido y en

campana nombró al DOCTOR RODRIGUEZ Cirujano Mayor de su ejército, cargo que no desempeñó largo tiempo por invencible oposición de los hábitos y condiciones de su carácter.

Retirado de nuevo á Choroní, la escarcha de ochenta años de vida y sesenta de ejercicio profesional ha caído, hasta abrumarlo y hundirlo en el sepulcro, sobre su frente por tantos títulos venerable, surcada por el paso de tan largos días de vicisitudes y afanes.

Fue un espíritu amable, una conciencia íntegra, un corazón abierto á la bondad y al bien, una apacible figura de hombre probo y sabio anciano, que se hizo en la vida un hueco de paz, de serenidad y de temperancia pública.

UNA TRISTE

Es bella y triste.

No con la tristeza absurda de Boshours, que ultraja á la naturaleza misma; la tristeza infamante y mezquina, que no halla dolor más intenso y acre que el propio dolor; la vil tristeza egoísta, que proclama en el hosco silencio de su gesto huraño, que no hay amargura más cruel que su amargura, y que pregunta á todos los que lloran y á todos cuantos gimen y padecen, si son más copiosos que los suyos los raudales de sus lágrimas y más sangrientas que las suyas las lacerias de su carne....

La insufrible tristeza que clama perpetua misericordia á la vida no era su tristeza.

Cuando la conoció el poeta, amó, desde su extática actitud soñadora—apoyada la barba atenaica en la palma de su mano ducal—hasta el impreciso ensueño por donde viajaba en el ignoto océano ideal el alma de la adorable melancólica.

Y fue del poeta enamorado de quien se supo cuán generosa y cuán bella era la tristeza de la amada.

Sabed—decía—que la serena tranquilidad de su mirada en oración silente y pia ante el infinito, la quietud inefable de sus líneas, no exhala el lampo siniestro de la desesperanza, ni se pliega en el gesto de la más remota acusación á la vida. En su silenciosa comparecencia en el estrado inmenso de su melancolía, yo no he oído jamás un alegato suyo contra la dureza de los destinos crueles; ni espía ella los tormentos; ni acecha, para gustarlo, el dolor; ni tortura su espíritu para nutrirlo de encono y de lágrimas.

Ama las solemnes horas solitarias; y cuando por los crepúsculos, que exaltan la religión de las cosas y de las almas, afronta la solemnidad del infinito, es un

canto de profundo amor á la incomparable grandeza abrumadora, el que exhala el arpa de su espíritu en plegaria y holocausto.

Su alma no padece de la insanía de las quejas; sus labios no impetran piedad; sus ojos no lloran tormentos; su fantasía, cuando se ausenta de la tierra, no fabrica el suplicio de las lamentaciones; en el mundo que ella conoce, cuando la veis tan dulcemente triste, no hay aflicciones ni agonías. No hiera ella con su indiferencia, ni con su silencio, ni con pena impostora y falaz, el espectáculo feliz de la alegría común....

¿Cómo os diré que la amo por su tristeza, y cómo os describiré la magnánima poesía de la tristeza suya?—Atended á que su pena y su dolor son tan altos, que alcanza á ver más allá de la vida, en una amplia y magnífica visión venturosa; y pensad que la suya esesa tristeza valerosa y noble que sabe hallar, en su fuga del país de lágrimas y de suspiros, una burla á la victoria del sufrimiento ordinario. Hay tal delicadeza y tanta intensa poesía en lo que ve por sobre la ruidosa fiesta del contento diario, que ella embellece hasta la promesa misma del dolor irremediable, consoladora Beatriz bajo cuya fe puede esperarse el *Dies iræ* del vengador....

Cuando la veáis en su actitud extática, es que rinde homenaje de superior idolatría á la grandeza soberbia de los espectáculos que su melancolía la hace ver en religiosa contemplación; y está vencida por la embriaguez avasalladora de la inmensidad de la vida, que vosotros no veis, que yo no he sorprendido sino en el alma altísima de la adorable soñadora. El horizonte de su mirada es más amplio; el vuelo de su alma es más libre; y por cada hora suya, pasan los gestos, las actitudes, los aspectos de mil vidas y el desfile de infinitas cosas que los preocupados del dolor villano no alcanzamos á admirar y sentir.

Así como ella vive, con todas las vidas de su mundo silencioso, ignora el hastío, genitor de las desolaciones insondables; y cuando de su viaje ideal vuelve á nosotros, trae una suerte de grandeza moral, compasiva y sabia, por la cual atenúa, con la más divina de sus sonrisas triunfadoras, el misero dolor egoísta de los que no sabemos ser tan dulcemente, tan venturosamente tristes como ella.

Y, así, cuando fija en mí la mirada tranquila de sus ojos indefiniblemente serenos, parece que sus manos van á extenderse en una caricia piadosa y que van á murmurar sus labios las palabras humilladoras de la vergonzosa presunción:

¡Pobre y pequeño ignorante de las supremas delicias del dolor infinito!.....

ELOY G. GONZALEZ.



El volcán de San Vicente



Hacienda de caña destruída por el volcán de San Vicente

SUEÑOS AZULES

—

Una «plaquette» que se lee en media hora, y deja en el alma un terco perfume, capaz de durar medio siglo. Una colección de fantasías á la pluma, que parecen escritas á los pies divinos de la Venus de Milo. Un himno á la Belleza,

hallado por una golondrina ática al hundir su pico en el hueco del pedestal que ha dejado, al caer á tierra, empujado por la barbarie moderna, la Minerva de oro y marfil que coronaba el triángulo excelsamente impecable del Júpiter Capitolino de la escultura.

Son «Sueños azules» porque el «Scopas» del siglo XX ha teñido de zafiro los blan-

cos trocitos de su Paros. Pero una mirada esperta ve á través de los rásgos de la pluma, la arista dura y precisa de la noble piedra rasgada sacerdotalmente por el cincel. «Estela es una estatua de mármol rosa, tallada en el asa de una urna donde duermen las cenizas del gran Dolor perjuro, cuyo símbolo es la rosa roja de la Traición!... «Amor de Plumas» es el grupo policromo que un Petronio del siglo XX colocaría en el «atrium» de su «villa» para la decisión irremediable de una Eunice... Pero á qué citar? las nueve estrofas que el autor llama artículos, con una modestia rayana en la indiferencia, y que yo, con una osadía que raya en culto, llamo «stelas» votivas de gloria no igualada en América, son nueve perlas raras de inspiración, de armonía y de belleza.

J. I. Vargas Vila — y me basta, para juzgarle, este cuadernito—es un poeta. La clámide blanca de su Musa está tejida de nubes de la Hellada, transparente é ideal como los sueños azules de la patria en que realmente ha nacido su alma extralucida. Las abejas doradas del Himeto le han dado con la miel del arte la savia de los secretos del oficio. La idea clava la frase en cada línea como el crepúsculo los clavos de luz en el «velum» infinito del cielo.

Artista y artifice, trabajando el arte del estilo como los orfebros florentinos el metal resistente que los siglos respetan y conservan.

Poeta y pintor—porque en él, el ritmo es rima—es el heredero americano del Apelles-Gautier—el primero que hizo penetrar el arte de pintar en el arte de escribir, descubriendo un nuevo mundo al arte contemporáneo.

Yo no tengo palabras con que elogiar al autor de «Sueños azules». Pero si para censurarle. Su libro se leerá poco. Es de una belleza griega. Por lo tanto, extraordinariamente moderna. ¿Y qué viene á hacer la obra de un tan exquisitamente soñador, en nuestro mundo moderno, conjunto híbrido de noche, de gas y de vapor?

ANICETO VALDIVIA.
(Conde Kostia)



El volcán de San Vicente. La Comisión científica en marcha hacia el cráter



La Comisión científica empezando la ascensión del volcán de San Vicente

CRONICAS DE POETA

IV

ORQUÍDEAS DEL ÁVILA

.... pero el ganado de cabras y vacas de leche, que andaba junto á la ciudad, apartándose al arcabuco, comía fruta de espino; volviendo á la ciudad de su estancia, se fueron sembrando y naciendo tantas malezas de ellos y tan crecidos, que ahogaban las casas....

FRAY PEDRO SIMÓN.

(Historia de la ciudad del Tocuyo.)

En el bosque de bucares y maporas no se escuchaba sino el ruido de las hachas. De cuando en cuando, alternando con el ruido de las hachas, volaba al cielo el agrio crotorar de las guacharacas, como el estridir del hierro contra el hierro....

El bosque mordido por las hachas se despoblaba. Ora caía un bucare de ancha copa rojiza como un parasol de fuego; ora una mapora gigantesca toda llena de nidos, luego un apamate vestido de pétalos morados. Un acre aroma de savias y de flores saturaba el ambiente. Lentamente, día tras día, iban cayendo los árboles. El bosque se aclaraba. Cuando gran parte del bosque fue destruido comenzaron á aserrar los troncos derribados. No se escuchaba entonces sino el rumor de las sierras. A las veces, por sobre el rumor de las sierras, llegaba hasta los trabajadores el canto de un pájaro de la selva. Era un turpial que en la copa de

un bucare elogiaba el oro del sol. Los trabajadores dejaban por un momento el trabajo, y en medio del silencio, mano sobre mano, se quedaban largo tiempo escuchando la meliflua canción del pájaro selvático, la meliflua canción de aquella aérea lira del bosque, de aquella rústica flauta, alada de negro y de rojo, hecha de seda y cristal.

Al cabo de algún tiempo estuvieron aserrados los troncos. Entonces, armados de picos de hierro escalaron la montaña para arrancar las piedras. En la montaña la labor fue más fatigosa y terrible. A cada golpe de los picos sobre la piedra insensible un torrente de sudor caía sobre la tierra de las manos enardecidas. El sol les quemaba los lomos y la sed les mordía las entrañas. Al fin la piedra fue domada al par que los árboles, y enormes cantidades de ella fueron amontonadas en el claro del bosque. Reunidos todos los materiales indispensables se trazaron las primeras calles y comenzaron á fabricar las primeras casas. La ciudad surgía, á fuerza de constancia y labor, en el corazón salvaje de la selva.

Cuando la primera casa estuvo construída, se izó en el tope de un mástil la bandera nacional, y al tremolar en el aire, cincuenta hombres la saludaron, disparando al cielo sus arcabuces. Después un fraile franciscano, un fraile que había visto en Palestina el Santo Sepulcro, bendijo la ciudad y la consagró al apóstol Santiago, patrono de España.

La ciudad, pues, comenzó á vivir y prosperar.

El arado labró las tierras incultas, y al rededor de la ciudad se formaron grandes plantíos, fértiles y prósperos. El maíz erigía allí su esbelta espiga de oro como labrada á cincel, los plátanos, dulces y lentos, mecían sus anchas hojas sonoras como abanicos salvajes; y más lejos, en las cumbres, en los terrenos frios, el trigo azotado por el viento era una ola, verde en ocasiones, en ocasiones rubia y fugaz.

Un día la vaca traída de España, una vaca de anchas manchas blancas, de anchas manchas negras, parió un becerro de pelo amarillo. Ese día fue día de fiesta en la ciudad. Y otro día la yegua negra tuvo una nerviosa y ágil poiranca del color del azabache. Del establo partía el mugido de la vaca y el relinchar de la yegua; y mujido y relincho, bajo la noche radiante, eran una sinfonía de amor.

La ciudad vivía y prosperaba. De tarde, por cima de las casas, erraba por el cielo indiferente, como un turbante efímero, el humo azul del hogar.

Una mañana de abril apareció en la

puerta de una casa, hundidas las raíces en la madera, una enorme parásita del rojo color del nopal. Era una parásita que sin duda había venido de la montaña próxima. Sus pétalos cristalinos y sedosos, de un brillo de joya, eran como dedos de mujer. La parásita fue motivo de gran admiración, y a su alrededor se agrupó toda la población de la ciudad. Se admiraban sus raíces que, como uñas filosas penetraban la madera. Y era la parásita una como flor viviente por cuyos pétalos circulaba algo viscoso. Alguno cortó uno de sus pétalos, y del pétalo cortado cayó al suelo una fina lluvia de gotas de sangre. Pero cuando admiraban la parásita sangrienta empezaron a verlas por todas partes. Por las puertas, por las ventanas, por los árboles, por todas partes las miraban. Parecían como llovidas del cielo. Venían al parecer, sobre las alas del aire, y viajaban por cientos, por miles, por millares, como los infinitos granos del polen. Era una loca lluvia de parásitas; eran un enjambre, un tropel, una muchedumbre profusa y millonaria. Las había de todas las formas y de todos los colores. Y unas eran como palomas, grandes y blancas; y otras eran como turpiales, rojas y negras; y otras eran solamente negras como los tordos; y otras eran verdes como el ala de los guacamayos. Y venían por bandadas, por bandadas, innumerables, prodigiosas....

Era una invasión, era una avalancha, y sus raíces tentaculares en donde quiera hallaban fácil asidero. Ya no era en ventanas y puertas, en donde el filo de sus raíces penetraban, sino por todas partes: en el mango de las hachas, en los cuernos de la vaca, en las crines de la yegua. Era una invasión, un asalto, un asedio, un ataque nervioso y tremulante de pétalos. Y bajaban por doquiera, y penetraban por las rendijas más mezquinas y estrechas.

Las que no afectaban formas de pájaros, afectaban formas de insectos: cigarrones, taras, mariposas, cocuyos. Algunas fingían coleópteros monstruosos como de fábula ó sueño. Y las había minúsculas, brevísimas, imperceptibles, insignificantes, como abejas y como moscas. Y algunas eran tan enormemente pequeñas que apenas semejabán mecidas por el aire, una nube amorfa y errante, ora roja, ora verde, ora amarilla, ora azul.....

Por doquiera agredían, penetraban, venían, triunfaban. Cuando no quedó nada que no fuese atacado por las raíces voraces, cuando los plantíos, los árboles y la ciudad toda quedó sepultada bajo las flores, comenzaron a agredir á los hombres. En las ropas, en los cabellos y luego en las propias carnes, las raíces poderosas y ardientes hincaban sus uñas sanguinarias. Era imposible detener la invasión de las flores. Algunos dispararon sus armas, pero en vano. Una que otra flor caía rota por las balas, algún pétalo destrozado rodaba por el suelo, pero inmediatamente volvía á serrarse la ola invasora y triunfal. Era imposible toda resistencia. Las mujeres lloraban, los hombres maldecían, las bestias se encabritaban. Por doquiera las raíces, las filosas raíces, como tenazas coléricas, destrozaban las carnes. Las parásitas como sedientas, como llenas de fiebre y pasión bebían la savia de los árboles y la sangre de los cuerpos. Y las raíces penetraban, cada vez más voraces, cada vez más feroces, mordien-



SAN VICENTE: Volcán La Soufrière



Cráter del volcán La Soufrière

do las carnes, destrozando los músculos, apretando las gargantas, como trágicos dedos de pesadilla. Las raíces eran como dedos invisibles y crueles atentos á dar la muerte.

Al cabo de algunos días, la ciudad no era sino una gigantesca pirámide de pétalos y garras, de cadáveres y flores. Y cuando no reinaba sino el silencio en la ciudad, las parásitas sanguinarias y coléricas, se fueron de nuevo, en una alegre y vertiginosa bandada, como turpiales asustados, al antro profundo de la montaña. Todas se fueron y fué apareciendo de nuevo la ciudad de aquel bizarro y florido caos. En las calles, antes llenas de flores, no quedaron sino esqueletos, desnudos de la más minúscula partícula de carne. Esqueletos blancos, sumamente blancos, de supremo blanco, de inaudito marfil; esqueletos de huesos pulidos y luminosos, como es pulido y luminoso

el colmillo de los jaguares. Y cuando todas las parásitas hubieron huído á las azules cavernas de la montaña, cuando todas hubieron huído, las últimas que salieron del pecho marfilino de los esqueletos, las últimas que lentamente salieron, fueron unas enormes parásitas azules, de pétalos largos, frágiles, cristalinos, y velludos como patas de monstruosas tarántulas. Lentamente salieron, con majestad de reinas; lentamente se arrastraron primero por el suelo, y luego, lentamente, lentamente, ganaron el tronco de los árboles, en seguida las ramas, y por cima de las ramas huyeron á la montaña profunda y sombría. Y cuando iban cerca de la montaña, volaron de improviso, para siempre, para siempre, como una breve exhalación azul, como un fugaz y trémulo relámpago!

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.



REGRESO INESPERADO. — Cuadro de A. Bréauté

RESURRECCION

A bordo—1902.

«.....
Come l'occhio sta di lunge,
Così sta di lunge il core.....»



BELLA amiga extranjera! Peregrina ocurrencia ha sido la vuestra al pedirme un esbozo, un rasgo siquiera de mi alma en este instante, porque me veis triste, pensando en la verdad de vuestras palabras y en que dentro de poco, vos bajo el romántico cielo de Italia, estarán nuestros corazones tan lejos como nuestros ojos, porque *come l'occhio sta di lunge, così sta di lunge il core!*

Sólo á vuestra pintoresca inteligencia, á vuestra primaveral imaginación, mariposa de ala multicolora que retoza en la corola esbelta y perfumada de una maravillosa centifolia, nomás podría ocurrir capricho semejante.

Voy á complaceros: oíd.

De agobiadora pesadumbre la alforja del vivir echada al hombro, repleta de desengaños y deseos, viejo de treinta años,—iba el peregrino, espaldas vueltas

á la ruta del ideal inalcanzado, peregrino de un país de poetas y guerreros paradójicos, que impulsados por la potencialidad del medio y de la raza, marchaban bajo el flamear de la espada y de la lira á la conquista de una realidad sonambulescamente imperatoria.

Desolado y solitario, reclinado á una piedra del camino bajo el azul impasible de los cielos y la aridez esterilizante de la tierra, con los ojos fijos en un horizonte lejano é invisible, oyó una voz que le decía: «Qué os aflige, peregrino?... tenéis hambre, tenéis sed, carecéis de dinero?... Alguna ilusión moribunda, alguna esperanza fenecida?... Esquivéceis de amor, lejanías de la victoria, cansancios de la lucha fatigante del vivir?... Vuelve en ti. Todo resucita. La muerte no existe: es una transformación. Toma este haz de flores, reanda tu camino y sigue á donde ibas, que allí hallarás un ambiente bienhechor, una luz apacible, un rocío benéfico, en una tierra donde cuando renazcan ellas, surgirá para tí mucho oro, muchas perlas, amatistas, turquesas, esmeraldas y rubies; renacerán tus ilusiones y esperanzas; recuperarás lo perdido, serás rico, serás victorioso, serás amado, serás feliz!...»

Y el hada benéfica volviólo á desandar la senda abandonada poniendo entre sus manos no sé qué haz de flores de exquisito aroma, bellas, odorantes, frescas, misteriosas, turbadoras flores que

tenían el prodigio de rejuvenecer, de reexistir de los pétalos marchitos y de las corolas fenecidas; y él, que también sufría la idolatría de la Quimera y de la Hipérbolo, guardólo reverente, con religioso cuidado, como quien lleva entre las manos algo muy delicadamente frágil; reemprendió la ruta, resuelta, valerosamente, pensando en las palabras de la visión aparecida, y siempre adelante, hablando consigo mismo así: «Es verdad: la muerte no es sino una transformación. Cuando el soplo de vida que hoy alienta en una parte desaparece á nuestros ojos, resurge en otra. La vida que hoy se disipa en una gardenia sobre el seno de la mujer amada, surge mañana en una adelfa junto á la loza de una tumba; la que se aleja de la melena hirsuta del león, rehábila bajo el plumón de una torcaz; la acritud de la naranja se trueca en el dulzor de la patilla; el sudor y lágrimas suben como vapor y bajan como rocío; la lumbre que agoniza en una bujía, sonriente aparece después en el alambre y en el arco; la vida de un sér actual ha existido ya en un sér anterior que creemos muerto para siempre, si, porque de otro modo sería más perfecta que el alma la materia, teniendo ésta el dón de perdurar á través de los seres y debiendo el alma desaparecer del círculo de la existencia.»

«Yo creo que he existido antes de ahora.... Yo siento que he vivido en otro



RETRATO DE LADY HAMILTON. — Por G. Romney (Colección Rothschild)

tiempo... no sé cuándo... no sé dónde... no sé cómo, pero lo he sentido. Inmediatamente después de muchas de mis sensaciones, yo he sentido en mi alma como una retrogradación, como una vuelta á un pasado vivido; y este fenómeno de mi cerebro, ya sea á causa de una percepción, de una sensación, de una idea, suscita en mí como la reproducción, como el recuerdo de algo igual, perfectamente igual, experimentado en un tiempo, en un lugar de un modo que no puede precisar mi entendimiento, pero que mi conciencia lleva á un pasado remoto; y ésto no es un cambio de la sensación real, sino el recuerdo de una sensación parecida, de tal modo que la impresión actual es como la repetición de algo que ya he visto, que ya he sentido, que he tenido bajo el dominio de mi voluntad. Al mismo tiempo, los rasgos característicos de ese

recuerdo, confusos y alejados de toda relación que no sea la de la sensación que lo produce, se me diseñan en el cerebro como sobre el cielo un leve relámpago en una noche profundamente oscura, y desaparecen de nuevo sin darme tiempo para formarme una idea medianamente clara de ellos, como quien trata de reproducirse un sueño cuya imagen asoma y desaparece rápidamente en la memoria, rebelde á la voluntad.»

«Yo he encontrado en el extranjero personas y cosas que he creído vistas, conocidas por mí, sin haberlas visto jamás, sin haber tenido de ellas durante mi vida la más leve relación, la noción más leve; y eso me hace pensar en la simpatía y más que todo en la antipatía instintiva que con frecuencia una persona experimenta por otra muchas veces desde el instante en que se encuentran y se ven: ¿éso no será la reproducción de

un amor, el renacimiento de un odio entre esas dos almas, existido en una época desconocida?...»

El peregrino siguió andando con la cabeza inclinada y los ojos en una profunda vaguedad, y luégo continuó su meditación así: «Es verdad, es verdad! La muerte es un cambio de lugar y de modo en el gran círculo de la vida. La vida es la sensación de un intervalo de la existencia perdurante, como el día es un intervalo sensible de la luz inagotable del sol. Si nos fuera posible andar de Oriente á Occidente con una velocidad relativamente igual á la del sol, es decir, recorriendo 15 grados por hora, podríamos prolongar indefinidamente la existencia de una hora, de un instante dado del día; cesarian para nosotros los crepúsculos, el zenit, la noche; podríamos gozar de un perpetuo medio-día, de un crepúsculo constante, de un incesan-

te alborear: cesaría la sucesión de las horas, la noción del tiempo. Asimismo, si pudiéramos seguir lúcidamente, paso á paso, instante por instante, las incansantes y misteriosas evoluciones de la existencia á través del profundo arcano de la vida, podríamos convenientemente conservar de un modo indefinido la posesión perfecta de la existencia psíquica actual, obtendríamos la prolongación sensible de nuestro sér en los demás seres, á través del tiempo y la distancia.»

«La vida es una. Lo que yo ansio, lo que yo he buscado en un sér sin encontrarlo, atraído por la sugestión física y por tal cual revelación de alma, puedo obtenerlo mañana en otro, bajo un cuerpo de formas distintas pero de esencia anímica idéntica al ideal soñado.»

Así discurrió largo tiempo el peregrino, y á mucho andar, resurgidos y acabados muchos días, quejumbroso de ver que á cada hora más amarillas se tornaban las corolas y más flácidos los tallos desmayantes; anheloso de ver renacer á cada mañana la sonrisa del color en los cálices dormidos, la caricia del aroma en los pistilos desecados,—á cada mañana contemplaba el ramillete milagroso, amarillento y triste, rociaba los tallos con sus lágrimas, oreaba con su aliento las corolas y arrojaba á la orilla del camino los pétalos caídos.

Una mañana riente y perfumada, al borde de pintoresca colina donde en medio del religioso silencio de los montes como bajo mística penumbra de santuario sólo se oía la romanza de las aguas y la oración de los pájaros, sacó otra vez su ramillete misterioso, con devoto cuidado tomó entre sus dedos el último cadáver de sus flores milagrosas, el de la triste margarita, y uno á uno fué lanzando á la vera del camino los pétalos marchitos de la postrera flor del hada fermentida, diciendo á cada movimiento de sus manos las palabras agoreras de la inocente cábala de amor: «*me ama... un poco... mucho...*» No me ama, no me ama—exclamó al fin.

Después, asido el haz de tallos exangués y corolas amarillas, al hombro la pesada alforja repleta de todos cuantos fueron ensueños frustatorios, fuése á las afueras del camino en pos del sitio más apartado y solitario de los que hasta entonces recorrido había, para buscar allí descanso y soledad. Echóse sobre el suelo de la selva desconocida, al arrimo de inmensa roca secular, junto á la boca del abismo oscuro, y después de haber arrojado lejos de sí los tallos amarillos y las corolas desecadas, como quien lentamente se arrancase animados fragmentos de epidermis dolorosa, en medio del más profundo desaliento, junto con un poderoso deseo de darse á la muerte sintió un vivo deseo de dormir; y allí, con la cara hacia el cielo azul é impasible, como él recordaba que dormían los muertos, durmióse, y soñó que habían desaparecido los hilos de plata en el azabache de sus cabellos y los surcos de tierra en el bronce de su rostro; que habían recobrado frescor de juventud, color de pubertad sus carnes castigadas por el constante batallar sin tregua de vivac ni regalo de victoria; que había nueva flameación de luz de ensueño en sus pupilas y nueva radiación de sol en torno de su frente; y vió que donde había caído cada corola del ramillete del hada, brotado había el prodigio: entre abejas

de oro y mariposas de plata, se erguían cien hilillos de esmeralda, vertían perlas las corolas de las blancas margaritas, de las crisantemas caían como lágrimas de oro los topacios, desgranábanse de los miosotis las turquesas, temblaban las amatistas en las lilas y violetas, y de los claveles sangraban gota á gota los rubies.

El peregrino sintió que los latidos de sus sienas aumentaban por momentos como las palpitaciones de un péndulo cuya longitud disminuyese á cada instante, y cual si fuese la sonora vibración de una campana, oyó la voz de su corazón que le decía: «*levántate, que eso es tuyo.*» Despertóse sorprendido y anhelante, y al beso frío del ambiente, sintió otra vez la vida en torno suyo como una amorosa caricia, intensa, apasionada, ardiente, voluptuosa, inacabable; la mañana parecióle tan bella como una juventud alboreante, tan plácido en los cielos el ensueño del azul como en el alma el solaz de una conquista, mientras la luz del alba caía sobre la tierra como la lluvia de oro que echaba sobre su rostro la amada ausente inolvidada, cuando suelta la cabellera y sentada cerca de él, modulaba en el piano algún aire de Bach, alguna romanza de Schumann; y quiso vivir, y empezó á creer, y sentóse á esperar el advenimiento de las flores junto á los tallos en promesa.

Peregrino soy también de una tierra así, de guerreros y poetas; y ya que *come l'occhio sta di lunge, così sta di lunge il core*, queréis darme, bella extranjera, un ramillete como ése?...

F. JIMENEZ ARRAIZ.

GLOSAS

I



L arte literario sigue acentuadamente entre nosotros la evolución que hace ya varios años le dió nueva fisonomía, y con el nombre de los abanderados, cambió el color de la bandera, el lema de la divisa y el grito de combate de las legiones.

Cuando se inició ese movimiento que desde el primer día se presentó distintamente revolucionario, críticos sabios y prudentes dijéronnos en tono grave y profético que la tendencia asomada había de ser efímera; que el llamado decadentismo era exótico y no viable en América y en suma, temeridad de atolondrados cerebros juveniles, osar mover la pesada bóveda del Arte que un Josué desconocido había fijado, manteniendo precisamente en el zenit los propósitos literarios que orientaron el sentimiento americano los últimos años.

Pero la Naturaleza no sabe de quietud. Movimiento y renovación forman la síntesis de la Vida. La Belleza no tiene fórmulas definitivas. Y en el cielo del Arte, ideales se ponen cuando nuevos ideales asoman por Oriente. El trascurso de una década en que el modernismo, lejos de fenecer, se ha generalizado extremando sus tendencias y donde no ha triunfado

ha influido, es bastante á hacer reflexionar á aquellos críticos severos y sesudos sobre el alcance de su visión artística y de sus aptitudes proféticas.

Las tendencias novísimas que un día ú otro han de reemplazar á las que hoy rigen, no se ven asomar todavía. Antes bien, ha acontecido lo que nunca imaginar pudo la crítica ortodoxa. La generación iniciadora del modernismo ha tenido sucesores. Detrás de los prosadores y poetas apóstoles del credo nuevo, han cerrado filas los recién venidos y van sobre sus pasos, camino del mismo ideal. Aun escritores ya formados no han escapado á la influencia reformadora. Algunos han desertado ruidosamente de sus antiguas banderas. Otros han visto teñirse su lenguaje de reminiscencias modernistas. Ni falta alguno que desdeñó tal cual palabra sobrado oliente á revolucionaria para adoptarla luégo, siquiera sea de contrabando. Hechos tan generales y persistentes autorizan para afirmar que el modernismo imprime carácter y fisonomía á la literatura americana contemporánea. No sin razón se lamentaba un escritor distinguido, prócer de su generación, de que por culpa de los jóvenes un sambenito de *decadencia* cubriera á los ojos de la crítica *seria* toda la producción actual de la América literaria.

Los escritores españoles, forzados á reconocer el hecho innegable, sorprendense del fenómeno, extraño y alarmante á un tiempo para el antiguo hegemon. ¿Cuál es su causa?

Nuestro joven crítico Pedro Emilio Coll plantea el problema con la claridad de visión que le es característica: «Se atribuye á la moda, á la moda que nos viene de París junto con las corbatas y los figurines de trajes; pero aun así, podría argüirse que una moda extranjera que se acepta y aclimata, es porque encuentra terreno propio, porque corresponde á un estado individual y social y porque satisface un gusto que ya existía virtualmente». Coll se esfuerza luégo en demostrarnos que la adopción de una ú otra moda obedece á las influencias del medio, á las fluctuaciones de los elementos climatológicos y sociales.

Es dudoso que esta explicación satisfaga en absoluto á los críticos preopinantes. La enorme inestabilidad de las modas europeas no convendría ciertamente á nuestro medio social pobre y monótono, á nuestra vida rápida pero uniforme. Acaso nos aproximemos más á la verdad distinguiendo el sentimiento de la Moda, de las modas mismas. Originando el uno en aquella ley fisiológica por la cual el cerebro humano, á un grado más alto de civilización, es más complicado y exige, so pena de esterilidad y atrofia, mayor número y más variedad de impresiones, ante todo en los colores y en las formas. Y considerando las otras como una resultante de ese sentimiento explotado por la competencia industrial, el afán de singularización de ciertos grupos y los de imitación y nivelación democrática que interin alcanza la igualdad de las clases persigue la igualdad de los vestidos.

Todo ello nos ayudaría á explicarnos por qué nosotros, hijos de la América intertropical, usamos vestidos inconvenientes, á primera vista, en nuestro clima ardoroso; por ejemplo, los cuellos altos y lustrosos que un escritor joven desearía ver abolidos. Y á darnos la razón del carácter singularmente antitético de la moda



Escena del acto II de *La Samaritana* — Teatro Sarah Bernhardt



La Samaritana, acto I — Teatro Sarah Bernhardt

que procede por saltos, á la inversa de toda evolución; que con aparente arbitrariedad sustituye, á veces sin transición, los pantalones amplios con los pantalones estrechos, los paletós enormes con los paletós diminutos, los tintes oscuros con los matices brillantes.

¿Cómo asimilar esto al caso del modernismo americano? Este, si bien representa una reacción contra la monotonía de una literatura que acaso por haber dado ya de sí cuanto podía, acaso por otras razones, se exhibía sin color y sin vida, es suficientemente amplio para admitir en sus lindes tendencias varias, y evoluciona progresivamente.

Al hojear una revista americana dirigida por jóvenes se echan de ver desde luego las tendencias bien distintas que representa cada autor y las que expresan las obras más ó menos notables que allí se reproducen en señal de aceptación y analogía con el ideal proclamado. Bien entendido que se trate de una revista con rumbo fijo como suelen publicarse, aunque efímeras, y no de una casa de huéspedes que los recibe de todo género y condición. Los versos del poeta andaluz Reina, como los lirismos germánicos, las exquisiteces francesas, las ricas prosas castellanas de Acosta, Martí, Montalvo, las generosas utopías de Tolstoy, la sencillez ingenua de Longfellow, los poemas sombríos de Poe, todo eso con preferencia por lo francés pero sin exclusión de ningún pensamiento europeo, todo eso lo encontraréis allí adoptado, comentado ó aplaudido. Y todo eso—se nos dice—es modernismo.

Qué puede reunir tan varias inteligencias de la Belleza y de la Vida? El espíritu de la Tolerancia que es espíritu liberal; que no pide á la obra de arte sino que sea expresión justa de un concepto ó un aspecto de la Vida y quellene la misión del Arte, que no es otra sino la compenetración de las almas—más excelsas cuanto más aptas sean para tan noble labor—con otras almas y con la infinita Naturaleza.

Una estética tan amplia que puede arropar tantos entusiasmos y donde pueden caber tantos ideales, será lo que se quiera, menos obra de gente degenerada y caduca. Es obra de Juventud. Y representación legítima y hasta ingenua del alma hispanoamericana á la hora presente.

El fenómeno que en una sociedad es ó puede ser un signo de caducidad y de muerte ¿lo es asimismo para otra sociedad en circunstancias diversas? Lo que en aquella es síntoma de decadencia ¿no podría ser en alguna otra, manifestación de incipiencia? En la naturaleza, como lo reza el proverbio, los extremos se tocan. Al describir la curva descendente de la Vida, hombres y pueblos pasan en cierto modo por los mismos niveles que alcanzaron en el periodo de su progreso. La decrepitud es otra infancia, simétrica de la primera.

Ocurren estas reflexiones al considerar que los críticos conservadores de América, siguiendo á sus colegas de Europa, miren el modernismo americano como un refinamiento y el refinamiento mismo como degeneración del Arte y del individuo.

Acaso lo sea hoy en Europa: no lo es de ninguna manera en América.

¿Qué es un refinado? Un individuo que

adopta hábitos, tendencias, aficiones, distintas de las que adoptan los que viven en su mismo medio natural y social. Un refinado es una paradoja viviente. El petimetre que abandona la pechera espectral y los zapatos relucientes de charrol, para vestir camisa garibaldina y traje de dril blanco, es un refinado para la clase social á que pertenece. Y lo que en él es refinamiento es simple hábito para determinados individuos de otra clase social. Imaginad en cualquiera de nuestros calurosos puertos de mar un caballero de eterno traje negro y alto sombrero de copa. Pensaréis que pasa de refinado y ya es desequilibrado ó excéntrico. Y sería «cualquiera» en un boulevard parisien.

El literato francés que en su gabinete viste el traje nacional del Japón, es un refinado que pasaría inadvertido en una calle de Yedo. Y refinados eran los japoneses que vestían hace algunos años el traje europeo, hoy vulgarizado en el Imperio del sol naciente. Por donde se ve que la idea de refinamiento se relaciona íntimamente con las de país, de clase y de época.

Nada más probable en el artista verdadero que ser refinado de buena ley, porque desde luego él es un hombre de excepción. Las distinciones y aun las extravagancias de los artistas han sido de todas las escuelas y de todos los tiempos. El esteta suele desterrarse porque todo hombre tiene el derecho de escoger su patria intelectual, como ha dicho Coll en otra ocasión. La musa de Loti abandona Francia y viaja por países exóticos. La de Goncourt por otros siglos. La de Flaubert, la de Louÿs por pueblos y épocas muertas para siempre. Decadentes? Se ha olvidado el periodo agudo del romanticismo cuando Byron, Hugo, Espronceda, Zorrilla, hacían soñar á Europa con el extraño Oriente? Fue decadente Bécquer, el andaluz que sintió como un germano? Lo fue Leconte, lo son ó lo fueron tantos espíritus selectos amantes de la Belleza antigua que hallan el mundo contemporáneo demasiado feo?

El modernismo, explosión de individualismo que no podía menos de convenir á nuestros pueblos individualistas y hasta anárquicos, resume todos sus credos en una sola palabra: libertad. Libertad para adoptar cada cual la postura más sincera. Libertad para presentarse cada uno con su rostro nativo y nó con un rostro tipo de circunstancias. Y acaso contra lo único que ha reaccionado conscientemente, es contra la tiranía de las escuelas que imaginaron conformar todos los hombres por un solo modelo, vestirles el mismo traje é imprimirles una sola fisonomía.

Reacción que era inevitable contra una monotonía antiestética y de que fueron precusores los gritos de rebeldía que siempre dejaron oír los que, más audaces ó de personalidad más intensa, pugnaban con la traba escolástica.

Color, música, vida, tuvieron nuestras letras siempre que el escritor ó el poeta fueron bastante osados para romper las trabas ó bastante vigorosos para volar con ellas. Por lo cual, desde Bello hasta Guardia, el poeta de alma siempre joven, no cerrada á ningún ideal, hay una cadena de nombres ilustres que viven y seguirán viviendo en el amor y el respeto de las generaciones nuevas.

Si el arte francés influye por modo determinante en nuestro arte de hoy, el caso ni es raro, ni es nuevo. Siempre influyó de ese modo el pensamiento francés en nuestro propio pensamiento. Los orígenes de la Independencia Americana, la Historia de sus filósofos y sus políticos, sobrado conocidos son para que sea preciso insistir sobre este punto.

La razón de esto la encuentra Miguel de Unamuno en que «la literatura francesa es la que menos esfuerzo de comprensión exige, la más clara y diáfana, la que nos da en papilla el pensamiento universal, aunque debilitándolo». Aquí se abre paso una observación análoga á la citada anteriormente, de Coll.

No es de creerse que la literatura francesa, tan clara, tan diáfana, tan comprensible, lo sea en igual grado para los hombres del Norte como para los hombres del Mediodía. Si la lengua francesa, la lengua italiana, son más comprensibles para nuestros oídos hispanos que las lenguas sajonas, ya se echa de ver la razón. Y élla misma explica el que las literaturas á que sirven de vehículo nos sean particularmente asimilables.

La compenetración de almas y pensamientos exige en efecto cierta afinidad preexistente. Cuando esa afinidad no existe, ó es muy débil, como entre el hombre del Setentrion y el del Mediodía, se abre paso la intervención de un mediador, papel que desempeña maravillosamente el francés con su posición intermedia, su temperamento elástico, su lenguaje ligero, flexible y avasallador; amén de que corren tiempos revolucionarios y el idioma francés es, como dijo Renán, el idioma de la revolución.

Unamuno no siente mucho esa afinidad por los franceses. «Son lógicos y sensuales—dice—dos cualidades que antes me repelen que me atraen». El no comprende por tanto, esa debilidad por las «exquisiteces», por los «ambientes de alcoba», por las «sensaciones refinadas y perversas», que muestran no pocos americanos. Ni la comprenden otros críticos españoles que como él echan en olvido el carácter eminentemente sensual de las literaturas tropicales é incipientes, el sello voluptuoso y muelle de los hombres del Mediodía. Sensualidad la de esos escritores americanos que, en parte nativa, en parte evocada por las lecturas, se exalta é impregna su lenguaje, externándose, ya en los cantos orgiásticos de nuestros antecesores románticos, ya en las «exquisiteces» de los contemporáneos modernistas.

El señor Unamuno declara sinceramente que esas y otras cosas, las ve él como de sus antipodas espirituales. Hermoso ejemplo de honradez intelectual, tanto más edificante cuanto el lector echa de ver al punto que no ha de ser un antipoda espiritual el mejor juez de esos jóvenes que hoy escriben en América y que la opinión del señor Unamuno, respetable, como de crítico entendido y no miope, no puede ser tomada por sentencia inapelable que cause ejecutoria.

No lo ha pretendido él, ni su juicio quiere decir censura, pero no faltan los que, más realistas que el rey, verían con placer la condenación de esas tendencias por un crítico de influencia creciente y merecida, como es el señor Unamuno.



MARINA PICCOLA EN CAPRI. — Por Grosskopf

Clarín que entre rudeza y rudeza críticas solía exhibirse artista, deseaba que el modernismo americano no saliera nunca del periodo que él llamaba con un sí es no es de ironía, «periodo azul». Y no ha salido aún. Vive y vivirá, quién sabe cuánto tiempo, en los sueños de la adolescencia, en la embriaguez de los colores, de los reflejos metálicos, de las chispas de las gemas, de los aromas y las músicas sensuales.

Pero la culpa no es de Verlaine ni de Rod, ni de d'Annunzio, ni de Dario, ni de ningún escritor nacional, francés ó de otras tierras, sino de este cielo demasiado azul, de esta atmósfera demasiado trasparente, de este sol sobrado ardoroso, de esta naturaleza voluptuosa y sensual.

s. KEY AYALÁ.

MIRANDO AL FONDO

Recuerdo fiel del pensamiento humano de quien feliz espejo es el semblante; retrata el río en su cristal brillante el paisaje que mira en derredor.

Quién al verlo creyera que en el fondo se mezclan los brillantes con el cieno; ¡Ay, un semblante al parecer sereno oculta muchas veces un dolor!

JUAN JOSÉ ROBERES.
PBRO.

Cárdenas.

BAJO EL ROSAL

La vi sentada de perfil
Bajo el ramaje del rosal.
Parecía blanca, lilibal,
Como una estatua de marfil.

Con murmurio lento y sutil
La arrullaba el claro raudal. . . .
Era una sonrisa de Abril
Bajo el ramaje del rosal.

Blonda princesa medioeval
Fingí mirar, ó de las *Mil*
Y una Noches hada oriental,
Cuando á la sombra del rosal
La vi sentada de perfil.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

LAS SUAVIDADES

Lo suave turba

HUYSMANS.

Epidermis sutiles de unas manos extrañas
delicadas y leves como las telarañas.
Colas de las panteras de milagrosas pieles
de que hacen los pintores sus famosos pinceles.
Raso que en la alhacena deshace la carcoma
y caricia invisible de un exótico aroma.
De la antigua basquiña, tela desvanecida,
donde persiste acaso como la indefinida
ánima de un perfume que dió goces extraños
una noche de fiesta, hace más de cien años.

Superficie lucente del espejo ovalado
que reflejó en un tiempo-el perfil delicado
de una mujer. Quien sabe si la vaga sonrisa
de una alegre griseta ó una monja clarisa.

Batista indefinida de las rizadas golas,
y telas invioladas de las blancas estolas.

Cabelleras profusas de las bellas mujeres
que martirizan tanto los largos alfileres.

Y todas las extrañas suavidades inciertas
de las cosas pasadas, de las épocas muertas;
de cuyas vidas dicen los signos misteriosos
que tienen los papyrus de perfiles rugosos.

Vosotras dais al alma sensaciones sutiles,
al alma del Poeta que indaga en los perfiles
de una cosa difunta, un milagroso tema
para hacer las estrofas sonoras de un poema.

De un poema que encierre en el trino del verso
la impresión de algo suave, indefinido y terso.

La cosquilla que causa la caricia liviana
de la falda olorosa de la negra sotana

en las carnes de un cura; dió un sutil argumento
á un artista moderno para escribir un cuento.

Un cuento que interpreta las extrañas demencias
con que los rasos nuevos y las fuertes esencias
amargaron la vida de un místico doliente,
un cuento al mismo tiempo humano y decadente.

Oh lo suave que el ánima del Poeta fascina
con un perfume, una ala, ó una muselina!

En los negros rincones recargados de sombras
donde yacen cubiertas de polvo las alfombras;

se han hundido mis manos pálidas y febriles
por gozar la caricia de sus hebras sutiles.

El contacto imprevisto con un tapiz sedoso
me sugirió una noche un milagroso sueño,
y el beso imperceptible de un tisú delicado
otro sueño tan suave que ya se me ha olvidado.

Oh lo Terso! Epidermis de unas manos extrañas
delicadas y leves como las telarañas.

Terciopelos ajados, negros y carmesíes
y pieles de las finas panteras bengalíes.

Cosas difuntas llenas de tiempo. Suavidades
que nos dicen lo vago de las muertas edades.

El artista os adora. El artista constante
que persigue la eurtmia sutil, el consonante
de un verso que produzca la impresión que fascina
de un perfume, de una ala, ó de una muselina.

Quando el ojo no quiere porque está fatigado,
ver la luna y la estrella de fulgor azulado;

se consuela mirando los rosados peluches
de los cofres antiguos y los finos estuches.

Oh livianos caprichos de los raros Poetas,
cuyos vagos deleites, cuyas fiebres secretas,

no esconden las confusas y pesadas teorías
del confuso ajedrez de las filosofías.

Ni interpreta el anciano cuya vida se seca
entre los cuatro muros de su gran biblioteca.

Sugestiones fatales á sabiendas amadas,
más queridas y bellas mientras más delicadas.

Sugestiones fatales cuyo tema diverso
anima los sutiles esqueletos del verso.

Raras flores que tienen indecisos olores
nacidas en los místicos jardines interiores,

y en cuyos largos pétalos sus telarañas cría
esa curiosa araña de la Psicología.

Oh suaves terciopelos negros y carmesíes
y pieles de las finas panteras bengalíes!

ALEJANDRO CARIAS.

LA CANCIÓN DEL CHAMPAGNE

A Mario Leal

Mis áureas espumas son glóbulos de ámbar
Que al iris hurtaron cambiantes de luz,
Son raras turquesas de espléndido brillo
Que al líquido—mi alma—coloran de azul.

Son tennes encajes con fimbrias doradas,
Lucientes granates que tornan el sol,
Alados ensueños de castas vestales,
Suspiros y besos y risas de amor.

Topacios y perlas que fluyen humeantes,
Que fluyen humeantes el labio á besar,
Vapores que vagan y brisas que aroman....
Mis áureas espumas son llanto ideal.

Yo soy de las fiestas la chispa que alegra,
Mi líquido blondo lo toma la huri,
Avivo los sueños del bardo que piensa
Y esparzo doquiera placeres sin fin.

Del alma que sufre yo soy lenitivo,
Embriago y deleito.... arrullo el dolor,
Yo trueco los llantos en risas sonoras
Y presto mis alas al tímido amor.

¡Poeta que marchas altivo á la lucha
Y anhelas la gloria de un lauro alcanzar,
Yo soy quien enciende la yámbica estrofa....
Mi líquido es de oro..... yo soy el Champan!

CARLOS A. RIOS.

1902

EN LA ALDEA

Al señor Don J. M. Herrera Irigoyen

Aquí estoy, amigo mío,
Contemplando hace un momento,
El magnífico portentoso
De estos campos en estío.

Es la hora
En que el sol las cimas dora
Con su luz crepuscular,
Y es todo el bosque un cantar,
Muge el buey y el cielo llora.

La campana de la Aldea
Invita á orar al creyente;
A la orilla de la fuente
Bebe el ciervo y cabriolea.

Con primor
Abre su cáliz la flor:
La mente el vuelo levanta
Y todo en los orbes canta
La epopeya del amor.

Cuán bello es el campo, amigo:
En esta tierra bendita
La diosa Virtud habita,
La Libertad tiene abrigo.

La inocencia
Hace dulce la existencia;
No guarda dudas la mente,
Y se alzan limpia la frente
Y tranquila la conciencia.

Aquí la luz es unción;
Fuerza, impulso, el aura fría;
Y es el agua la ambrosía
De los dioses de Helicón.

De percal
Viste el lirio hermoso chal;
Es cada día una fiesta,
Y cada árbol una orquesta
Y un Verdi, cada turpial.

Aquí la vida es aliento;
Dulce ventura, creer;
Una sonrisa, el placer;
Y un iris, el pensamiento.

No hay arcano
Que perturbe el sueño en vano;
Vive el alma del amor,
Y es cada niña una flor,
Y cada hombre, un espartano.

¡Oh! dulce felicidad
De poder vivir ausentes
De esos pútridos ambientes
Que saturan la ciudad!

Precipicio
Por do todo noble indicio
Al fondo del crimen rueda,
Y donde sólo en pié queda
Un tirano inundo: el vicio.

Bajo esplendente apariencia,
En mefíticos pantanos,
Viven allí los gusanos
Que corroen la conciencia.

La virtud
Muere en triste juventud;
Hasta el aire da veneno,
Y espera á todo lo bueno
Sólo un fin: el ataúd.

De pesar el alma llora
Al ver, en edad temprana,
Marchita la flor lozana
Que besó al nacer la aurora.

Da dolor
Ver en abrazo traidor
Y en la frente el *inri* escrito,
Al beodo del delito
Y al beodo del licor.

Allí, tras furente lidia,
Nacieron en negro abismo,

El luzbel del egoísmo
Y demonio de la envidia.

La ambición
Allí tuvo aparición,
Y allí, diabólicas dudas
Hicieron traidor á Judas
Y parricida á Nerón.

Ella descubrió el camino
Por donde hoy la humanidad
Marcha en triste ceguedad
Al lleno de su destino.

Ya la tierra
Es un volcán, donde aterra
Ver en impetus violentos,
A todos los elementos
Destrozarse en ruda guerra.

La razón tan alto va
Y tanto su lumbre inflama,
Que por su furente llama
Todo devorado está.

En su anhelo
De descorrer todo velo,
Siembra la mente de espinas,
Deja al corazón en ruinas
Y va despoblado al cielo.

Llevando todo á su ocaso,
Mató en su tripode á Apolo,
Y dejó su templo solo,
Y sin musas el Parnaso.

La belleza
Veló su faz con tristeza;
Y, abatido su estandarte,
Otra vez el dios del Arte
Se unió á la naturaleza.

Ha hecho á la fé temblar
Impulso ciego, nefando,
Y está ya parpadeando
La lámpara en el altar.

La recia ola
El sagrado templo viola,
Y á su choque asaz sañado,
Ha quedado el coro mudo,
Y la santa imagen, sola.

Surgió la Filosofía,
Y en su fatídica escuela,
El alma misma se hiela
Y apaga su luz el día.

El error
Se desata con furor;
Renacen Bruto y Harmodio,
Y á la doctrina del odio
Cede la ley del amor.

Y con instinto infernal,
Guiado por viles razones,
Amenaza á las Naciones
El anarquista puñal.

Golpe incierto
Deja al Sha de Persia muerto;
La Francia á Carnot deplora;
A su Alteza el Austria llora
Y la Italia llora á Humberto....

Aun se ve cada mañana
Al sol trepar al espacio,
Mas no color de topacio,
Sino teñido de grana.

Y es que al cielo,
A cubrir de rojo velo
El rostro de las estrellas,
Para imprimir más sus huellas
Sube la sangre del suelo.

Al borde de un hondo abismo
Que ruinas y muerte aguarda,
La actual sociedad aguarda
La explosión de un cataclismo.

¿Es acaso
Que va á dar un nuevo paso
En su senda secular?
¿O es que ya se va á ocultar
En las sombras de su ocaso?....

Nuestra vista á ver no alcanza
Ningún suceso venturo:
Para observar lo futuro
No hay más luz que la esperanza.
Sólo advierte

Quien á la razón despierte,
En esta cárcel sin nombre,
Que es muerte la ley del hombre,
Y la ley de todo, muerte....

¡Oh! en esta espectación,
Feliz el pobre aldeano
Que sólo en sembrar el grano
Pone su imaginación.

Feliz él
Que, á la ley eterna fiel,
Pasa una vida gozosa
Con sus mañanas de rosa
Y sus tardes de clavel.

Sabana Grande: 1902.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

EL GRANIZO

Se oculta el sol, el cielo se oscurece;
Risueño se destaca
El rostro de la anciana que parece
Su niñez evocar, mientras se mece
Con rítmico vaivén en la butaca.

Vacilante y enteca,
Apoya su pie fino
En el pedal de la vetusta rueca;
Y en tanto enhebra el algodón y el lino,
Presa de una recóndita alegría
La mirada dirige al firmamento,
Y enhebra en su exaltada fantasía
El hilo de un hermoso pensamiento.

De la celeste bóveda en el seno,
Brillando de la niebla entre la albura;
Antes que vibre el trueno,
Parpadea el relámpago, y fulgura
Cual una etérea floración de lilas.
Y como si temiera

La anciana, que el relámpago la hiriera,
Se cubre con las manos las pupilas.

Mientras que por los ámbitos del cielo,
Con sus ráfagas frías y su hielo
La tempestad prosigue;
Suspirando con hondo desconsuelo,
Cual si el calor buscara de un cariño,
No ve la anciana en su redor, ni un niño
Que su espantosa soledad mitigue....

Invoca aquellos días
De esperanzas hermosas,
De infantiles y castas alegrías;
Y en la fascinación de su delirio,
Al recordar su juventud risueña,
Esa tranquila edad en que se sueña
Con pájaros, y amor y mariposas;
Piensa como en un tiempo sin martirio,
Sonrosaban su piel color de lirio
Los cinabrios efluvios de las rosas.

Pasaron los días bellos!....
¡Cómo se han puesto blancos sus cabellos!...
Su espíritu.... ¡cuán triste!
En su resignación no se resiste
Hacia el sepulcro á proseguir su marcha;
Y su faz donde el alma se refleja,
Debajo de las canas, se asemeja
A una rosa cubierta por la escarcha.

Y mientras con estrépito, el granizo
Por los cristales rueda
Y en las persianas de color plomizo;
La anciana se estremece, de improviso,
Cual una flor de pétalos de seda.

Espíritu que busca un rumbo cierto;
Mientras á solas mitiga sus angustias,

No piensa que tal vez allá en el huerto
Hay muchas flores mustias,
Y quizás muchos pájaros han muerto.

Le admira como en calma,
A pesar de los años, en su alma
Una esperanza juvenil destella....
Como un infante cándido, se asombra
Al ver brillar de un lago entre la sombra,
Los pálidos albores de una estrella.

Al oír de la ermita la campana,
Súbito deja su labor la anciana;
Se arrodilla, y murmura
A media voz, una plegaria pura....
Y después se dirige á la ventana.

En el céfiro-aspira al vaho leve
Que emerge de los húmedos barrancos;
Y asomando al postigo el rostro breve,
De las abruptas sierras en los flancos,
Cual una lluvia de jazmines blancos
Mira caer los copos de la nieve.

JUAN DUZAN.

Caracas: 1902.

MARCHA TRIUNFAL

PARA J. I. VARGAS VILA

Ya vienen, ya asoman las nobles cruzados del Arte,
Las pálidas frentes ceñidas de fresco laurel.
Azul es el ala del viejo, sagrado estandarte
Que asombra los carros triunfales del áureo tropel.

Minerva dió aceros forjados en fraguas de Marte,
La lira fue escudo y rodela, fue ariete el cincel.
La flauta fue trompa guerrera, la estrofa, baluarte,
Y fue la irisada paleta, temido troquel.

Qué recia la lucha! Los vieron las noches tranquilas
Clavar en la comba estrellada las turbias pupilas,
Al cuello enroscadas las pérfidas sierpes del Mal.

Vencidos el mármol, el verbo, la luz prisionera,
La nota, con alas de albatros, fue audaz mensajera
Que anuncia la gloria infinita del paso triunfal.

RICARDO TIRADO MACIAS.

Caracas: setiembre de 1902.

DE AMOR

Poema de Salvador Carrera

CANTO CUARTO

El tiempo vuela rápido y en su veloz carrera
rastros de sus huellas extiende por doquier;
otoño, en triunfal carro, recorre la pradera,
se escuchan los lamentos del aura plañidera,
las hojas de los árboles empiezan á caer.

Agrúpanse las nubes, encréspanse los mares,
el ave busca el nido que á intento fabricó,
se van las golondrinas de nuevo á sus hogares,
se van las ilusiones, dejando los pesares;.....
las golondrinas vuelven, ¡las ilusiones, no!

Al borde de un ribazo abrupto y pedregoso,
bajo la espesa copa de encina secular,
se acoge con sus hijos un padre cariñoso,
pidiéndole al ramaje les guarde del copioso
torrente que los cielos arrojan sin cesar.

Ajenos á las iras de nube pasajera,
buscaban en los campos tendidos á sus pies
la amante madre selva, la verde enredadera,

la tierna pasionaria, la célica palmera,
el álamo gigante y el fúnebre ciprés.

Cual vino la tormenta se corre avergonzada,
huyendo las miradas del astro celestial;
regresa presuroso el padre á su morada
y entrega de sus brazos la carga idolatrada
á la intranquila esposa que espera en el umbral.

Se mezclan las caricias; la madre inicia un beso
que á un tiempo los dos ángeles procuran recoger
y locos de alegría devuelven con exceso:
¡comunidad de goces, dulcísimo embeleso
que sólo á la familia le es dado conocer;

El iris que aparece, la tarde que declina
á aquel conjunto prestan un tinte seductor:
¡cuán plácida y serena la noche se avecina!
¡con cuánto regocijo se siente ó se adivina
que allí mora la dicha, que allí reina el amor!

No ya el amor volcánico de extenso y raudo vuelo,
sino el que paz y calma pidió á la soledad;
otoño laborioso, sembrando en fértil suelo
las flores que, cuidadas con amoroso celo,
perfumarán mañana su triste ancianidad.

Amor que de los años nutrido en la experiencia,
comprende cuán sublime, cuán santa es su misión-
y ve en el terso claro cristal de su conciencia
lo que es la deleznable y frágil existencia,
lo que es un desengaño, lo que las penas son.

Amor acrisolado, exenta de egoísmo,
que forma con los hijos las gradas de su altar
y amante les enseña, juzgando por sí mismo,
en dónde hay un escollo, en dónde está el abismo,
la ley que seguir deben, los pasos que han de dar.

¡Dichosos habrán sido los que dejar merecen
detrás de sí quien pueda su nombre bendecir!
¡felices los que en muerte renacen y florecen!.....
¡los míseros que, aislados, sin hijos encanecén,
ni viven, ni han vivido,..... ni saben qué es vivir!

NOTAS LITERARIAS

La autopía de Mrs. Fitzgeorge.—Humorada de un Recor.— Del naturismo.—Las dos llaves.—Julio de Caracas.



N una de mis últimas apostillas hablé del método del señor Antonio Albalat para fabricar literatos, ahora leo en una revista extranjera el elogio de las *Fábricas de belleza*, entre las cuales la más célebre es la establecida en Londres por Mrs. Fitzgeorge.

Según entiendo, esta esposa de un coronel se propone embellecer al ya de por sí bello sexo, valiéndose de procedimientos mecánicos tales como el «engordador de carrillos», la tira elástica «contra la doble barba», la venda contra las huellas que la meditación ó el dolor dejan en la frente, amén de otros antiguos sistemas, como el «despellejamiento de la cara para crear piel nueva y tersa», las lociones, el masaje, las corrientes eléctricas, etc., etc.

Supongamos que la ciencia llegara á poner al alcance de la señora Fitzgeorge, y sus similares, medios y aparatos que logran modificar á voluntad las líneas del cuerpo femenino, que la carne se hiciera dócil cual cera, que los músculos cedieran al antojo de

estas damas reformadoras: lo probable es que en dichas *Fábricas* se modelaría el barro humano conforme á los tipos consagrados de belleza; acaso una junta de inmortales académicos impondría, de acuerdo con clásicos preceptos, los rostros y los rasgos todos de las andantes esculturas, que el común de los mortales tendríamos que admirar y adorar.

A mi entender, bajo esa tiranía estética el mundo sería mucho menos divertido y pintoresco; porque la verdad es que no todos los hombres aman las gracias que los museos exhiben y que dogmáticos libros proclaman. Cuan certera encuentro la opinión de que la griseta deformada por sus hábitos puede ser tan interesante como la Diana cazadora. La Venus de Milo no es la preferida de todos, ejemplo Campoamor que encontraba insípida la pequeña cabeza y la cara oval de la Diosa Vencedora. El concepto de la belleza es casi geográfico, diferente en Inglaterra, en Francia, en Venezuela, en China, en el Congo; aun más que geográfico es individual, como lo vemos en la diaria elección de los seres para la obra del amor, acto en que se revela, por sobre todas las teorías y con toda espontaneidad, la noción que cada cual tiene de eso indefinible que llamamos belleza.

Si la señora Fitzgeorge llegara á triunfar, tal vez el aburrimiento se apoderaría de nosotros, y el Gran Artífice, que en sus misteriosos talleres no descansa en concebir moldes nuevos, burlado en sus propósitos decretaría el fin de nuestra misera humanidad.

*

La «Biblioteca de novelistas del siglo XX» (Barcelona de España), se ha inaugurado con *Amor y Pedagogía*, novela de Miguel de Unamuno. El libro se compone de un prólogo, un *logo* y un epílogo, y para finalizar, de unos apuntes acerca de la *cocotte* ó gallito de papel, como decimos en Venezuela y que en España más castizamente nombran pajarita.

En el prólogo hace el señor Unamuno una curiosa crítica de sí mismo. Veamos cómo se juzga el eminente profesor de literatura griega y rector de la Universidad de Salamanca, á propósito de su obra, la cual empieza por considerar como una lamentabilísima equivocación del autor:

1º Perturbado tal vez por malas lecturas y obsesionado por ciertos deseos poco meditados, se ha propuesto ser extravagante á toda costa, decir cosas raras, y lo que es peor, desahogar bilis y malos humores.

2º Parece fatalmente arrastrado por el funesto prurito de perturbar al lector más que divertirle, y sobre todo de burlarse de los que no comprenden la burla.

3º Padece de una morbosa manía contra las personas graves y aborrece á los que no salen nunca de su papel y adoptan siempre un continente severo. Acostumbra decir que todo hombre grave es por debajo tonto de capirote, y no tiene razón.

4º Perjudicale en gran manera la aversión que al dictado de sabio tiene y el empeño ridículo que pone en que no se lo apliquen.

5º Otra manía tiene que le daña también mucho, y es la manía contra la literatura española.

6º La novela es una mezcla absurda de bufonadas, chocarrerías y disparates, con alguna que otra delicadeza anegada en un flujo de conceptismo.

7º Los caracteres están desdibujados, son muñecos que el autor pasea por el escenario mientras habla.

8º El estilo peca de seco y á las veces de desdudado.

Paréceme que pocas veces se ha aplicado con más crueldad el análisis introspectivo, la regla socrática del conócete á tí mismo, en lo que yo creo ver una herencia católica, un

gusto perverso y refinado por las disciplinas y cilicios, que ahora se aplican no en el cuerpo sino en la carne del alma.

El *logo*, la novela propiamente dicha, es la bancarrota de la pedagogía y el triunfo de los instintos amorosos, las fuerzas todopoderosas de la Vida barriendo las murallas de la ciencia que—á la manera de las religiones—tiene el orgullo de suponerse en posesión de todos los secretos del universo.

Diríase que Unamuno anima los personajes de su libro con sus propias ideas para tener el goce de derribarlas una por una como en un teatro de fantoches.

El epílogo y los comentarios sobre la *cocotte* están llenos de esos pensamientos que llamamos paradójicos y que acaso no son sino verdades en germen. Verbi gracia: «No la curiosidad sino la necesidad de saber para vivir es lo que originó la ciencia».

Este libro de un pedagogo contra la pedagogía, de un sabio contra la sabiduría va, á ser quizás juzgado como obra indigna de un profesor universitario, y no es dudoso que por una humorada literaria pierda el señor Unamuno el rectorado de Salamanca, y más después de haber hecho tan elegantemente la apología del anarquismo en los juegos florales de Cartagena.

*

Eugène Montfort escribe acerca de la nueva generación literaria de su país: «Cuando un poeta llega á la edad de treinta y cinco años (después de haber emitido él y sus camaradas teorías llamantes y combatido las de sus antecesores, después de haber bebido sus inspiraciones en nuevas fuentes y realizado las en obras, comienza á reposar): á esa edad oye tras sí voces de adolescentes, vuélvese y reconoce con sorpresa una multitud de jóvenes turbulentos, alegres, desmelenados, que son como él hace quince años, que hacen versos cuya música ignoraba, que lo señalan con el dedo y se burlan de él. Es una nueva generación. Hizo mal en entregarse al reposo. Luégo de haber combatido á sus antecesores, tendrá que combatir ahora para defenderse contra sus sucesores».

Tal es, en efecto, la ley que parece regir las mareas literarias, con la circunstancia de que con frecuencia antecesores y sucesores se dan la mano, simpatizan y se unen para destruir al enemigo común.

En la evolución poética hemos visto románticos contra clásicos, parnasianos contra románticos, simbolistas ó decadentes contra parnasianos, y por último, naturistas contra simbolistas. Como en Venezuela hemos tenido también nuestros «decadentes»—que en verdad no lo fueron ni lo son aún, pero que con las enfermedades y otros achaques de los años pueden llegar á serlo—no es inoportuno averiguar, á vista de pájaro, en qué consiste esta lucha que se inicia contra ellos bajo la bandera del *naturismo*.

Según Montfort, quien más que doctrinas cita nombres, en 1895 la poesía simbolista presentaba todos los síntomas de la decrepitud; en esos días aparecieron los «desmelenados» que renegaban de Mallarmé, de Regnier, de Huysmans, de los pontífices de los cenáculos ya en ruina que preconizaban el arte por el arte. El *naturismo* es una «vuelta á la naturaleza», el arte puesto al servicio de la vida, el 14 de julio de las Torres de Marfil. «Lo natural, la simplicidad, la humanidad son los caracteres de esta literatura, en tanto los de la precedente eran lo rebuscado, lo complicado, la falta de humanidad».

El mejor crítico de la escuela, Maurice Le Blond, ha escrito sobre el particular páginas muy interesantes. En una obra poética ó de cualquier otro género—dice—deben transparentarse, magnificados, los desfallecimientos, los sufrimientos y las alegrías del creador, y no tiene valor si no es una autobiografía. En los menudos hechos de la vida

cuotidiana, el gran arte está en encontrar emociones divinas.

A mi entender el arte por el arte, contra que combaten los naturistas, es una ilusión óptica del espíritu, puesto que todo arte es consciente, ó inconscientemente, la manifestación de una vida, de los estados de alma que cada cual exterioriza bajo el velo de una ficción ó una forma que depende de circunstancias accidentales; el hombre es la noble planta endógena que se desarrolla de adentro para afuera, como escribe Emerson, y toda obra de arte es una autobiografía simbólica.

La «vuelta á la naturaleza» es más que todo una frase hecha, puesto que sometidos á su inexorable Poder no podemos salir nunca de ella; aquellos mismos que creen rebelarse contra sus leyes, obedecen involuntariamente á otras; la rebelión es tan *natural* como la sumisión.

Acaso todo el naturismo esté más bien en los asuntos escogidos para la obra artística, en una *vuelta al campo*, lo que está de acuerdo con una actitud de la conciencia contemporánea, actitud que se revela también en la pintura, y aun en muchas modas y fenómenos sociales. Pero no debemos olvidar que tan «naturaleza» es la esencia concentrada en un frasco de cristal como el aroma de una flor, un árbol como una mujer; que tan *natural* es Baudelaire expresando su alma complicada, como Francis Jammes alabando con divina simplicidad la alegría matinal de los prados, el canto de los gallos en el despertar de la alquería.

*

Que el lector me perdone una impresión que se sale un tanto de los límites de estas notas literarias, pero que se relaciona con el machacado asunto de la vieja y la nueva generación.

En una de esas Agencias encargadas de alquilar casas de habitación, fijé maquinalmente la vista en dos llaves colgadas en sendos clavos. Una grande y pesada, de negro hierro oxidado, severa como una masa, dentellada en el extremo cual las almenas de un castillo feudal; la otra de claro níquel, graciosa como un muñeco femenino, diminuta y frágil cual un dije.

Y yo ví en esas dos llaves, dos épocas: la llave de hierro era la del *pater familias* de vigorosos puños y alma recia, que cierra con estrépito el portón de la casa solariega después de recoger á buena hora el rebaño familiar; señor de pocas palabras, taciturno y de duro entrecejo; la llave de níquel era la que cada uno lleva en el bolsillo del chaleco, que abre suavemente la puerta cuando los padres duermen y los perros ladran en las calles desiertas. Si aquella es la autoridad, ésta es la libertad y hasta el desorden; pero ambas denuncian, en su mudo lenguaje, que ha habido una revolución en las costumbres del mundo, y que en realidad existen dos generaciones.

*

¿Lector has usado alguna vez un falso nombre? No lo hagas. Un nombre posee una vida que influye sobre la nuestra y nos modifica sin darnos cuenta. He conocido personas á quienes el uso delseudónimo comunicó gracia é inteligencia y á otros á quienes ha entontecido.

Lector, desde que me llamo *Julio de Caracas* no soy el mismo; algo extraño se agita en mí, cierta hipocondría, cierta desconfianza que sería largo é inútil explicarte.

Quiero alejar esa sombra, arrojear ese traje que pesa sobre mis débiles espaldas, que ha sido una obsesión durante varios días. Vuelvo por mí fe de bautismo, por el nombre que grabado en una piedra cubrirá mis huesos y que durante mi existencia ha sido mi mejor compañero.

PEDRO-EMILIO COLL.

Caracas: setiembre de 1902.

NUESTROS GRABADOS

Maternidad

Toda madre podrá reconocerse en la patética tela de Delobe: todas ellas han adoptado en sus horas de indescriptible ternura esa actitud de arrobamiento, de contemplación, de silenciosa caricia en las miradas, ante la regordeta figura del infantil renuevo, en cuyas carnes ven y sienten la carne suya, sonrosada, con sangre de su sangre; y habrá en sus pechos un impulso de gratitud para el artista que santifica, en ejercicio altísimo de su arte, la más gloriosa misión creadora sobre la tierra.

Un pan bendito comprometido

Chocarne-Moreau es un delicioso é incansable *conteur* de estas anécdotas de la gente menuda de sacristía. Sus personajes y sus decoraciones son unas mismas en todos sus cuadros, con pocas diferencias de disposición y punto de vista; la gracia, el tacto y el talento del autor residen en la amable y siempre interesante actitud que da á las figuras, reveladoras de la afición carifiosa del maestro por los traviosos pequeñuelos de sonrisa feliz y greñas desordenadas, que pinta, ó mejor, describe con paternal minuciosidad.

Sitio de Tolón

Sobre los parapetos del reducto de la Convención, que retoma Bonaparte, se exhibe la figura del futuro general del ejército de Italia y futuro emperador de los franceses.

Quien sólo se fije en la asombrosa altura á que alcanzó el Gran Capitán, olvida fácilmente cuán larga y dura fue la lucha, cuán terribles y angustiosas las pruebas á que se vió sometido, casi hasta desesperar, el joven jefe de la artillería en Tolón, ántes de hacer oír siquiera la más trivial de sus opiniones.

Pandora

Es la Eva de los griegos. Cada uno de los dioses la dotó con un dón, ficción sobre la que ha fijado Lenoir todo su talento delicado, para transcribirla plena de encantos, ondulante de suave belleza y gracia, ténueamente armoniosa, como si se hubiese preocupado en complacer á los olímpicos creadores de la ideal portadora de la caja simbólica que guarda los males y en cuyo fondo se halla la Esperanza.

Napoleón en Italia

El general Würmser fue informado de que en Lonato había solamente mil franceses y en tal creencia envió un comisionado á intimarles rendición. El oficial austriaco llegó en momentos en que también lo hacía el joven general del ejército de Italia. «Id á decir á vuestro jefe—fue la respuesta—que le doy ocho minutos para rendirse á discreción.» Würmser, aterrorizado, se entregó con dos mil soldados y veinte cañones.

Paso del Danubio

Historiadores, poetas, sabios, han realizado la asombrosa epopeya del Gran Capitán. En breve, también, los más gloriosos pintores habrán dejado en lienzos inmortales, la más admirable descripción de la obra guerrera del conquistador; y entre la humareda y la confusión ruidosa de las batallas ó á lo largo de las filas victoriosas é impertérritas de la Gran-

-de Armée, será siempre el punto adonde se dirija el épico movimiento de todos los cuadros y todas las escenas, la silueta cantavadora del *Petit-Caporal*, de sombrerillo legendario y capota gris.

Wagram, la batalla, tiene su consagración en un lienzo de renombre universal, pero faltaba el antecedente glorioso: el paso del Danubio, desde la isla de Lobau, inmediatamente después de la batalla de Essling y mediante las humaredas que exhalaba un nutridísimo fuego de cañón ordenado por el General en la orilla del gran río, para efectuar el paso, disimulado por sus nubes de pólvora.

Matrimonio en Baviera

A medida que la vida moderna vaya invadiendo con sus progresos, con sus ideas, con sus modas y su incesante conquista las regiones remotas y recónditas en donde se guardan las tradiciones de las razas, irán desapareciendo las poéticas leyendas y los usos sencillos y alegres que han cantado los poetas y registrado los historiadores y viajeros. También los artistas del pincel se apresuran por dejar recuerdo y constancia de esos tiempos fervorosos y risueños, y Braun trae su contribución de esfuerzo salvador á esa obra de conmemoraciones, que recoge y fija los gestos y las escenas de los viejos usos.

Las tantálidas

Es una escena de los tiempos opulentos en que las riquezas, los caprichos y el hastío de los señores romanos dejaron acopio de sensaciones al arte y á la vida. El autor la ha trasladado de las crónicas de la antigua Baia, ameno retiro del fausto latino.

Quiéren las tradiciones y las costumbres de aquel tiempo que sobre los muros de señalados sitios se dejasen inscripciones (*graffiti*) declaratorias de amor á damas notadas por su belleza y su esplendor. Allí iban ellas, coronadas de flores y veladas por sutiles gasas, á imponerse de los términos del homenaje y de las condiciones del adorador y á dejar debajo de las declaraciones escritas sus respuestas.

De las Antillas

Continúa el cable trasmitiéndonos diarias noticias acerca de la persistencia de los fenómenos de que son teatro las Pequeñas Antillas. La serie de nuestras vistas de este número comprende: la llegada del vapor *Hecla* á la Antilla de Santa Lucía, con las últimas noticias de San Vicente; el volcán de este nombre; una hacienda de caña que ha sido destruida por su erupción; la marcha de la expedición científica hacia el cráter del volcán y la ascensión de los comisionados; y el volcán Soufrière y el aspecto de su cráter.

Regreso inesperado

Las obras de Bréauté se distinguen por la maestría con que el autor domina los efectos de la luz con que baña sus creaciones. El no va á buscarla en la amplitud de los horizontes, ni cuando reverbera sobre los paisajes y las escenas á cielo abierto; sino que la aprisiona en el recinto de los sitios encerrados que dibuja y sigue la lucha, las refracciones, los matices que las leyes físicas le imponen y bajo su dovel singular de resplandores que se pliegan y retuercen en una gama trasparente y pródiga en tonos blancos y juegos de claroscuros, colo-

ca los sentimientos, las emociones, el movimiento y todas las expresiones de las figuras y los detalles, hasta realizar la más perfecta armonía de ambiente é interpretación.

Lady Hamilton

Pocos serán aquellos de nuestros abonados que no recuerden las leyendas y las aventuras de la singular, bellísima y terrible confidente de la reina Carolina de Nápoles, que tanto juego tuvo en la política de aquella Corte en sus relaciones con Inglaterra y con España y tanta influencia en los destinos y en los últimos años de la vida de Nelson.

Romney, el famoso pintor inglés, la retrató cuando todavía en Londres llevaba la futura Lady vida aventurera y ruidosa, apenas salida del servicio de tabernas y en época en que servía de modelo predilecto al artista.

En la Marina Piccola

«El golfo de Nápoles, bordado con sus colinas, con sus casas blancas y sus rocas tapizadas de vides trepadoras, y cifiendo su mar, más azul que su cielo, se asemeja á una copa antigua que blanquea de espuma, y cuyas asas y bordes festonean la hiedra y el pámpano;... los pescadores del Pausilippo se alejan de la tierra con confianza y van á pescar por la noche á dos ó tres leguas en el mar hasta las costas de Capri.....»

Lo copiado es, para todos nuestros lectores, un lejano, dulce y melancólico recuerdo de los veinte años, cuando era única Biblia del corazón y sólo breviario de la ternura del amor inocente, aquel largo idilio de Lamartine con la dulce pescadorcilla de Prócida. Esa es la *marina*, la playa encantadora y encantada, asombrada por el siniestro recuerdo de Tiberio, la que ha dejado viviente de melancólica poesía el pincel de Gross-Kof.

SUELTOS EDITORIALES

DON JUAN MARCANO

No faltó á su vida de merecimientos ni la honra de morir en medio de una elocuente pobreza, que ha sido como la corona de sus títulos á la veneración y al respeto de todos cuantos saben que este benemérito de una sociedad y de un país, fue viviente ejemplo de una vida austera y digna.

De los hijos ilustres que dió á la Patria, VICENTE, nuestro sabio profesor, todavía es lamentado con dolor acerbo por Venezuela, sobreviviéndole su hermano el doctor Gaspar Marciano, residente en París, en donde ejerce su profesión médica, y a quien acompañamos en la pena que sufre por la muerte de su padre.

JUAN MARCANO

Cayó vencido en la social batalla Del deber sobre el ara en sacrificio, Y al verle, con vergüenza, el mundo calla Que en vez de Templo le ofreció el hospicio.

Amando todo cuanto el alma sueña En las claras auroras de la vida, La gloria sólo en conquistar se empeña A la virtud heroica prometida.

Y por subir á la soñada cumbre
Da á duro afán sus juveniles años,
Sin que el placer del mundo le deslumbre,
Ni tema hallar en premio, desengaños.

Y no para él luchó; que en su hogar caro
Tuvo siempre su amor los ojos fijos;
Dió ayuda al débil, al dolor amparo
Y senda abrió de honores á sus hijos.

Y es feliz al mirar la ciencia escuda
Con justo lauro el amoroso anhelo,
Y que unánime aplauso los saluda
Cuando, con alas ya, tienden el vuelo.

Mas, fue un rayo de sol el que le diste,
¡Oh! suerte injusta, con rigor impío!
Que, por la ausencia y por la muerte, triste
Vió luégo el nido del hogar vacío!

Medrar no quiso en el inmundo cieno
Que revuelve afanosa la avaricia,
Ni suyo quiso hacer el bien ajeno,
Ni consejos oyó de la injusticia!

Con lágrimas jamás fabrica oro,
Ni en torpe feria la conciencia vende,
Y dando culto á la honra y al decoro,
Honra, así, y dicha asegurar pretende.

¿Qué mucho, pues, que en la mundana lidia
Víctima al fin de sus engaños fuera?
¿Qué mucho, que el rigor de la perfidia
Burlar su digno ejemplo no quisiera?

Y de la vida en el movable estuario
La onda del tiempo sus mudanzas trae;
No respeta ni alcázar, ni santuario,
Y todo, todo se derrumba y cae!

Y ve entonces, absorto, que era sueño
Cuanto creyó alcanzar y tener piensa;
Que halla, tan sólo, de su honrado empeño
Ingratitud y olvido en recompensa!

Y, pobre mártir del deber; anciano,
Ya sin vigor, las fuerzas agotadas,
No halla quien tienda al náufrago la mano;
Conciencias y almas para el bien cerradas!

Y, en tanto que su tarda y débil planta
Lleva, sangrando, por erial camino,
El que explotó miserias, ríe y canta
Del mundo vencedor y del destino!

Pero ¿qué á él la triunfadora palma
Si nunca alzarla del fangal le plugo?.....
¿Si esclavo del amor, campeón del alma
Víctima quiso ser y no verdugo!

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

16 de setiembre de 1902.

DOCTOR ANGEL M. AGUADO

Este joven facultativo, que últimamente ha recibido en nuestra Universidad el último grado académico en Ciencias Médicas, y que ha sido Interno de los hospitales civiles del Distrito Federal y practicante mayor del Militar, nos ha obsequiado con un ejemplar de la tesis que presentó ante el Jurado de la Facultad respectiva y que se titula *Apuntaciones sobre el valor terapéutico del azul de metileno*. Dámosle la más cumplidas gracias.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

De Capotillo á Santiago.—Relación histórica, por el General Benito Maución.

Biografías y Artículos varios, por el Comendador Gabriel B. Moreno del Christo.

(Ambas son obsequio, que agradece-mos, de nuestro eficaz Agente en Sanchez, República Dominicana, don Pedro Maria Rojas.)

JULIO TORO

Inteligente, ilustrado, modesto, heredero del nombre ilustre de Fermin Toro, ha bajado recientemente á la tumba, produciendo su muerte sincera pena en el ánimo de cuantos conocieron y apreciaron las excelentes prendas de su carácter y sus aptitudes; y acerbo dolor en el seno de su familia y deudos, entre quienes contamos apreciadas relaciones, á las cuales acompañamos con nuestra condolencia.

FOLLETOS RECIBIDOS

El Correo Terapéutico, número 2, de 15 de setiembre de 1902.

Sistemas penitenciarios.—Ley venezolana relativa á la materia.—(Tesis de doctorado), por J. M. Hurtado-Machado.

Damos las gracias á los señores remitentes.

DUELO

Una nueva desgracia acaba de llevar el luto á honorables familias de esta sociedad, con la muerte de la señora TERESA DE MICHELENA, matrona que en vida fue siempre digna de todos los homenajes de afecto y consideraciones que se le tributaron.

A sus deudos, y en especial á nuestros apreciados amigos los señores don Fernando Michelena y Alcides Ayala, enviamos el voto sincero de nuestra condolencia.

INDUSTRIAS NACIONALES

"FAMA DE AMÉRICA."

Los señores Fajardo & Compañía, fundadores de la nueva fábrica de cigarrillos *Fama de América*, nos han obsequiado con una muestra de sus productos, que hemos encontrado de calidad excelentemente recomendable por la naturaleza de los materiales empleados en la elaboración, tanto como por las novedades con que los ofrecen al público los señores productores, á quienes damos nuestras gracias por el obsequio que nos han hecho.

"LA DOMENICA DEL CORRIERE"

Enviamos nuestras gracias muy cumplidas al señor Vittorio Cotta, quien nos ha hecho el presente, acompañado de atenta esquila ofertoria, de cuatro números del semanario italiano ilustrado que se edita en Milán con el título de estas líneas y que *La Patria* de que es redactor el señor Cotta, distribuye entre sus abonados.

El semanario es de bella apariencia y de interesante lectura.

CIENCIA AMENA

Una ilustre ciudad antigua

A la margen occidental del Eufrates, como á tres leguas, más ó menos, de las ruinas de Babilonia, vense sobre los pantaneros Hindich, unos restos ó escombros raros, casi monumentales, conocidos por los árabes con el nombre de *Birs Nimrod*, ó sea, «Torre de Nimrod,» testigos de épocas remotas y ponderadas.

Destruídos por una tormenta, y desolados, pareciera que sobre ellos habían caído las maldiciones del Cielo, no dando lugar, por su aspecto, á que nos admiremos de que ahí, en ese punto, haya colocado la tradición la Torre de Babel.

Y esa inmensa fortaleza con sus adyacentes é incontables amontonamientos de tierra, ya para hoy piramidales, revela á nuestros ojos las bases de una ciudad que fue, (en tiempos lejanísimos, de civilización y vida muy distintas), el *alma mater* del mundo oriental, ese mundo de la poesía íntima, subjetiva; que así embellece la ficción con perfecciones estéticas y la canta en el apasionado metro lírico, como fija la marcha de los astros con el poder de la observación y determina los constantes preceptos de la trascendental filosofía; de una ciudad, finalmente, que fue el centro de donde se diseminaron por toda el Asia occidental y fueron hasta las escuelas de Tebas, los estudios y las ciencias.

Esas ruinas á que hacemos referencia, son los fundamentos de la antigua ciudad de *Borsippa*, la sagrada ciudad del dios Nebo, el dios de la literatura y «divino Escriba de todos los dioses.» La historia de esta ciudad es una de las más importantes entre las muchas que se nos refieren de los extinguidos pueblos de Oriente que han venido á la luz de la vida, digamos, al mágico contacto de la varilla de los exploradores; á la vida detallada de existencia nacional que tanto conocemos, gracias á la asidua consagración de doctísimos intérpretes.

Poco figura Borsippa en la antigua historia de la Caldea, pues sólo fue para los años 2.300 antes de Cristo, cuando comenzó á asociarse á Babilonia, capital del Imperio. Mas, desde esta época hasta la centuria anterior á nuestra Era, fue aquel, (sin asomo de la más pequeña duda), el más grande y más importante centro de actividad intelectual en toda la parte occidental del Asia.

Hoy, después de la riquísima adquisición de la literatura oriental, —debido á haberse sabido traducir las inscripciones cuneiformes,—tenemos constantemente á Borsippa ante nosotros. Pero, á ser tan justos como imparciales, hemos de decir, que son los últimos descubrimientos los que nos han dado una perfecta inteligencia de la encumbrada posición literaria de la Escuela de los Escribas, adscrita al Templo de Nebo.

La Biblioteca real de Nínive, fundada por el rey Assurbanipal, asirio, muestra —en la precaria vida de aquella institución— (dado que fundada como 660 años A. C. fue destrozada para 625 ó poco después), era exacta en un todo y copia fiel de una antigua biblioteca de Borsippa. Como la de Babilonia, estaba dedicada á Nabu, el Escriba-dios, y á su inseparable Tasmít, llamado E-Zida, ó sea, «Mansión de

Vida.» Asegurábase que muchos planos y tablas de alto mérito que estaban en la librería asiria, eran copias de los que había numerado la biblioteca de Borsippa; y desde luego puede pensarse, con cuánta ansiedad esperarían los cursantes orientales, que la iniciativa pujante de una época de progreso, aunque distinto, singularmente benemérito, pusiese ante sus ojos, aquellos sepultados pero importantísimos tesoros.

En el antiguo mundo oriental, Babilonia se destaca preeminente, y en literatura, con rasgos únicos, muy especiales. En la Caldea no era la instrucción ó la literatura, — como entonces en otras partes sí lo era, — herencia ó derecho personal del Estado. De alto y propio cultivo intelectual, no debía escapar á la fina razón de aquellos doctos, que no puede ser la instrucción patrimonio de clases ó castas especiales, sino precioso alimento de capital importancia que á todos se ha de dar. Vesé, por ésto, en multitud de escritos públicos como cartas, documentos legalizados, y otros en que se consiguan las sumas de impuestos, pechos ó contribuciones, etc., etc., que la gran mayoría de aquel pueblo sabía leer y escribir, y dábase cuenta, por la personal aptitud, de la marcha de los asuntos generales. Todos hemos leído la tablilla asiria, traducida y publicada en Londres el año anterior, — en la cual están anotadas las últimas disposiciones testamentarias de un padre de familia; y demás es decir, cómo considerábase sacratísimo deber, «enseñar al niño á leer las tablas y á escribir perfectamente.»

Mayor testimonio y más evidente aún del amor y decisión por los estudios literarios, lo encontramos en la magnífica serie de cuadros ó planos que recientemente ha publicado Mr. Thompson, extraídos de Nínive y Borsippa. Son no menos que ciertas partes ó porciones de dos hermosos léxicos sistemática y cuidadosamente compilados. El primero de ellos data del año 600 ó poco menos (A. C.) y se tiene como copia de una antigua obra conservada en las bibliotecas de Babilonia; en tanto que el segundo, que, primitivamente contenía cuarenta opúsculos ó tablas y cuadros, se considera escrito, — por muy doctos arqueólogos, — hacia los primeros años del reinado de Artajerjes. Es el primer volumen una hermosa exposición filológica del idioma. Cada una tablilla está formada de palabras que se refieren á un asunto en particular; por ejemplo: en agricultura, encontramos las voces propias para expresar arar, sembrar, segar, trillar y moler el grano; en otra que versa sobre la conversación, están las que indican hablar, preguntar, cantar, etc.

Para dar un mediano concepto á los estudiantes y críticos de la Biblia sobre la intrínseca riqueza de esta obra, tomamos, al acaso, algunos ejemplos.

De la raíz *ereshu*, que vale preguntar, desear, encontramos á *erishu*, la novia; también, «el asiento de la novia»; y con el modificativo y el antecedente *zubat*, *areshti*, «el traje nupcial.»

Otro pequeño fragmento trae explicaciones acerca de las Hadas ó Sheol; y además, leemos: «Desolación, decaimiento, (Karmu); la Tierra, Arali, (los Arales de la mitología clásica); la casa de Tammuz, (Adonis); la tumba (*gabru*). Considerámoslo como un magnífico trabajo para los estudiantes de mitología, del cual se deduce

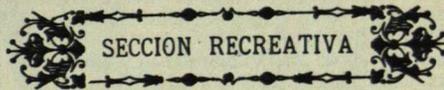
que mucho, muchísimo crecieron los estudios en Borsippa, bajo el gobierno de los reyes persas. Pertenece á esta época el primer diccionario de que hemos hecho mención; y es de notarse en él, lo bien conservadas que están alguna de sus tablas ó planos, principalmente las de los números, y entre éstas, la de los dieces. En ellas, los números son símbolos de los dioses. El Sol=20.—La Luna=30.—Ea=40.—Bel=50.—Anu=60.—Y todavía más importante es el cálculo de las fracciones, sobre la escala sexagesimal; ex. gr: 10=; 20=; 30=; 40=; 50=; y una curiosísima tabla de multiplicación de dieces.

En los estrechos moldes de una breve información ilustrativa no cabe tratar materias de semejante importancia con la debida extensión; pero sin que en nada exageremos, podemos asegurar, que son éstos unos de los más clásicos hallazgos que se hayan podido encontrar en el campo de las exploraciones asirias.

Lo último que ha llegado á nuestro conocimiento, es el texto completo de las diversas leyendas de la creación, inclusive muchas tablillas que se conservaban originales, y que acaba de traducir y dar á luz pública, el docto orientalista King. Especial mención se ha acordado, — y en justicia, — á la que se contrae á consignar, en forma de poema, los grandes sucesos nacionales, y entre éstos, el que describe la ocupación de Babilonia en tiempos ya tan retirados, que se confunden en la imaginación con las épocas perdidas en las oscuridades de la fábula.

No habremos de cerrar estas líneas sin que dejemos de recomendar á nuestros hombres, amantes de los estudios serios, la segunda tablilla y la cuarta, donde se encuentra el más sorprendente parecido entre la oración asiria, y las enseñanzas mesiánicas de los Hebreos.

Tendremos el placer de llevarla á las columnas de nuestra Revista en uno de sus próximos números; los originales reposan hoy en el número de las preciosidades del Museo Británico.



Animales que lloran

Numerosos experimentos verificados con gran cuidado, han venido á demostrar que algunos animales lloran como cualquier persona racional. Geoffroy Saint Hilaire, F. Cuvier, E. Tennent y otros, han comprobado que los chotos poseen glándulas lacrimales, las cuales funcionan en casos de gran pesar, por parte de dichos animales.

Los ciervos tienen también aparatos semejantes en los ojos. Si se examinan los de un ciervo herido, se verá que llora realmente por el dolor que la herida le produce y el miedo que la persecución le causa.

Los chotos lloran también cuando se les separa de la madre para destetarlos.

Otro animal que llora es el oso. Cuando estos animales presentan su muerte, lloran copiosamente en silencio, y poco antes de exhalar el último suspiro, sollozan como pudiera hacerlo un hombre. Si á una girafa se la hiere de gravedad, llora aun cuando no sea el dolor muy grande; parece que deplora más que el sufrimiento, el que se la haya estropeado la piel ó que acaso la repugne la vista de la sangre.

Los elefantes cuando están en cautividad lloran incesantemente, porque no les gusta estar presos. Cuando uno de estos paquidermos trata

de escaparse varias veces y no lo consigue, gime y llora desesperadamente. Si se le suelta, deja de llorar en el acto y se muestra cariñoso con todos.

Si se atormenta á una foca llora demostrando su disgusto, pero jamás demuestra ideas de venganza como los monos.

El delfín es notable. Es sabido que cambia de color al morir, pero lo que no todos saben es que llora. Cuando va á fallecer sus ojos demuestran que experimenta una gran pena y se le saltan las lágrimas como á cualquier persona humana.

Aventura castellana (1)

Por una estrecha calleja iba don Juan de Albornoz, caballero castellano famoso por su valor. Dicen que en su casa tiene nobilísimo blasón, al cual él, con sus hazañas, más brillo y nobleza dió. Iba sin duda pensando en la dueña de su amor en la hermosa que ha sabido conquistar su corazón, cuando una esbelta tapada á su lado se llegó, y le dijo, dando muestras de grandísimo temor:

—Escuchadme, caballero, que no hay duda que lo sois si como es vuestra apostura nobles vuestras obras son.
—Decid en qué he de servirlos.
—Vengo huyendo, porque estoy de perder amenazada la vida con el honor.
Mi marido me persigue porque.....

—Basta. No es razón que descubráis un secreto que acaso os cueste rubor. Me habéis dicho que os ampare, y esto me sobra. Id con Dios, que ya sabréis que amparándoos cumplí con mi obligación.

Huyó la dama y muy luego un caballero llegó, espada en mano, y el rostro encendido de furor.

—¡Alto!—le gritó don Juan.
—¡Plaza!—el otro contestó.
—¡Vive Dios, alto os he dicho!
—¡Plaza he dicho, vive Dios!
—Algo tengo de qué hablaros.
—No puedo escucharlo yo.
Dejadme, que estoy de prisa.
—Yo, en cambio despacio estoy.
—Ved que de una esposa infame iba yo en persecución.
—Ved que á esa misma definiendo y he de librarla de vos.
—Por San Blas, que he de pasaros con mi espada el corazón.
—Si lo consiente la mía, que respondo á mi valor.

Larga y diestra fue la lucha, y encarnizada y feroz, y dando al fin en el suelo, gritó don Juan—¡Muerto soy! Y viendo que se moría, dijo:—Oídme, por favor. En buena lid me habéis muerto y tuve la culpa yo; pero sepa si la dama que dió á mi muerte ocasión es hermosa.

—Es muy hermosa.
—Entonces, bien muerto estoy.

JOSÉ ESTREMEÑA.

(1) El pensamiento de esta composición está tomado de un cuento de Estrella Mendés.

Epigramas

(Del poeta argentino D. Francisco Acuña de Figueroa)

MADURECES

—Ansioso un higo comía—
Cuenta á Gil el viejo Arvelo;—
Y ¡tris! saltó un diente al suelo,
De solo tres que tenía.
—Es bien raro este accidente
Estando maduro el higo.
Y aquel contestóle:—Amigo,
Más maduro estaba el diente.

LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS, NO DE AHORA

(Traducción del francés)

Dos niños, Gaspar y Rosa,
Que en la inocencia se hallaban
(Cual pocos hay), se extasiaban
Ante una pintura hermosa.

Viendo á Eva y Adán allí
Cual Dios los creó por su mano,
Preguntó Rosa á su hermano:
¿Cuál será el marido aquí?

—Decir cual será el marido
No sé—contestó Gaspar;—
Y ¿quién lo va á adivinar
Si están los dos sin vestido?

A TORO MUERTO

Cuenta Gil que con braveza
Cortó un brazo á un enemigo;
Y Blas contestóle:—Amigo,
Mejor fuera la cabeza.

A esto el guapo replicó:
—¿Conque la cabeza? ¡Ah, pavo!
Ya esa operación un cabo
La había hecho antes que yo.

UN ENEMIGO SIN MOTIVO

Sé que es un ingrato Bruno;
Pero ese odio que me tiene
No sé de donde le viene
Pues no le hice bien ninguno.

UN ÁRBOL DE BUEN FRUTO

—De ese buen árbol que ves—
Decía un viudo á un casado—
Tres mujeres se han ahorcado,
Y la mía entre las tres.
—Esa es gran cosa, si es cierta—
Respondió aquel con soflama;—
Quiero llevar una rama
Para plantarla en mi huerta.

LOS DEVOTOS DE LA VIRGEN

De la Virgen el valer
En su varia advocación,
Sacaban á colación
Unos devotos ayer.

—La del Carmen es sin par.
—Mejor es la del Rosario.
—Pues en milagros..... ¡canario!
No hay como la del Pilar.

Mas un catalán se enfada,
Y grita:—¡Qué disparate!
Virgen, la de Monserrate:
Las demás no valen nada.

A UN LADRÓN RATERO QUE IBAN AZOTANDO

Azotado por sentencia
Va ese ladrón: ¡qué ignorante!
No ha robado lo bastante
Para probar su inocencia.

LO QUE ES LA MUJER

—¡La mujer! joya sin par,
Sumo bien, dulce vocablo,

Del cielo rico manjar.

—Así es—respondió Gaspar,—
Menos si lo guisa el diablo.

PROPOSICIÓN DE UN GASTRÓNOMO

—Para poderse comer
Un pichón á cualquier hora—
Decía Bruno á Isidora—
Dos al menos deben ser.
—¿Para tan parca ración
No es muy bastante con uno?
—Dos deben ser—dijo Bruno,—
El que come y el pichón.

Los colores del comercio

El comercio de Paris tiene desde tiempo tradicional sus colores para distinguir los diversos artes y oficios.

Los almacenes de pinturas tienen el exterior pintado con cuadrados ó fajas de colores brillantes, como en Madrid. Las tiendas donde se expenden objetos de piel, bronces, etc., usan los colores austriacos: amarillo y negro. Las bodegas de vinos españoles, el amarillo y rojo. Las italianas, los colores de su país.

Las empresas de carros de mudanza usan el amarillo en sus carros, despachos y cocheras. Las pastelerías están pintadas de color de barquillo oscuro por fuera y de blanco y oro por dentro. Las lecherías son blancas y azules, tanto en el exterior como en el interior.

Ahora las tiendas de lavado y planchado principian á pintarse de azul, y los carros que llevan la ropa, de verde. Las tabernas son pardas ó rojizas como el vino que venden dentro. Las carbonarias gastan moreno oscuro, que bien pronto se convierte en negro con el polvo del carbón.

Por último, los panaderos gustan del color de café con leche y del blanco, y dentro de sus tiendas hay espejos, muchos dorados y á veces *paneaux* representando á Ceres, la abundancia ó escenas de la siega.

Medir el sonido

A igual que el barómetro mide el peso de la atmósfera, el termómetro la temperatura y el fotómetro la fuerza de la luz, la intensidad del sonido puede apreciarse por un aparato llamado sirena. Este instrumento consiste en un disco perforado por cierto número de agujeros colocados en la parte inferior y de dos cuadrantes en la de arriba. Debajo del citado disco, y por lo tanto invisible, hay una plancha circular que tiene también agujeros, y si se aplica un tubo en la parte inferior del aparato haciendo pasar el aire al través del mismo, el disco comienza á girar, marcando cada revolución los cuadrantes. A medida que la presión es mayor, el aire, pasando por los agujeros, adquiere un sonido rítmico que muy pronto se convierte en notas musicales; y es evidente que, por medio de este instrumento, el número de vibraciones, que dan un tono definido, se puede medir con la mayor exactitud por todo aquel que sabe apreciar las notas musicales.

La sirena se utiliza hasta por los entomólogos; pues con este aparato puede medirse por el sonido la rapidez con que un insecto mueve sus alas en el momento de volar, siendo posible hasta conocer el origen del agudo y penetrante zumbido del mosquito y el sordo y pesadío de la abeja.

La luz eléctrica, la mejor para la vista

Hay muchas personas que creen que la luz eléctrica fatiga la vista; pero si hemos de dar crédito al aserto de un oculista ruso, ocurre todo lo contrario, pues, según él, la luz eléctrica es, entre todas, la que menos perjudica á los ojos.

Funda su opinión en el hecho de que las enfermedades y la fatiga de la vista son directamente proporcionales á la frecuencia del

pestañeo. Contando los movimientos de los párpados de un mismo individuo expuesto á luces de diferente naturaleza, resultó que parpadeaba siete veces por minuto á la luz de una bujía, tres veces ante un mechero de gas y poco menos de dos veces con la luz eléctrica.

Con la luz solar ha contado el mismo observador poco más de dos pestañeos por minuto.

El Faro de la Vida.

La superioridad de la Emulsión de Scott es indiscutible y se manifiesta instantáneamente ante el observador imparcial en los puntos siguientes: Primero, su sabor dulce y agradable; segundo, sus enérgicas "propiedades" en los casos de caquexia, tuberculosis, anemia, los infartos glandulares, las afecciones óseas de carácter estrumoso, las afecciones del aparato respiratorio, el raquitismo, etc. También en las convalecencias de enfermedades largas y debilitantes es un buen medicamento.

Además de sus propiedades curativas, la

Emulsión de Scott,

debido á la bondad de los elementos que reúne, tiene el "mérito" de que el aceite de hígado de bacalao, uno de sus principales componentes, está tan bien combinado y disfrazado su sabor que los niños á quienes se prescribe lo toman sin repugnancia.

Las imitaciones de la Emulsión de Scott sirven para causar daños considerables á la salud, por tanto exigir la legítima de Scott, verdadero "faro de la vida."

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Droguerías y Farmacias.



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta

Conversaciones á miles de leguas

LO QUE SUCEDERÁ DENTRO DE POCOS AÑOS

El mundo está ya sembrado de estaciones de la telegrafía sin hilos. Los agentes de Marconi las han establecido en una porción de puntos de Europa, en Nueva Zelandia y en África. Actualmente están montándolas en la helada región del Alaska. Las vibraciones de la telegrafía sin hilos palpitan alrededor del mundo con la velocidad de la luz. Marconi ha trabajado con rapidez tan asombrosa, que dentro de un año los puntos más remotos de la tierra comunicarán unos con otros por medio de la telegrafía sin hilos.

Mientras la mayoría de las gentes imaginaban al célebre inventor haciendo todavía pruebas entre las costas inglesas y las ameri-

canas del Atlántico, Marconi ha concluido sus dos grandes estaciones de Nueva Escocia, en América, y de Poldhu, en Inglaterra, entre las cuales hay una distancia de 3.704 kilómetros.

La estación de Nueva Escocia está emplazada en Table-Head, en la Bahía de Hielo, y en su salón principal funcionan 200 manipuladores. Para trasportar los materiales y el gran número de curiosos que acuden á ver la instalación, se ha construido un ramal de ferrocarril. Las autoridades se han comprometido á no permitir que funcione ningún tranvía eléctrico á una distancia menor de un kilómetro de las torres receptoras, con objeto de que no haya conflicto de ondas eléctricas.

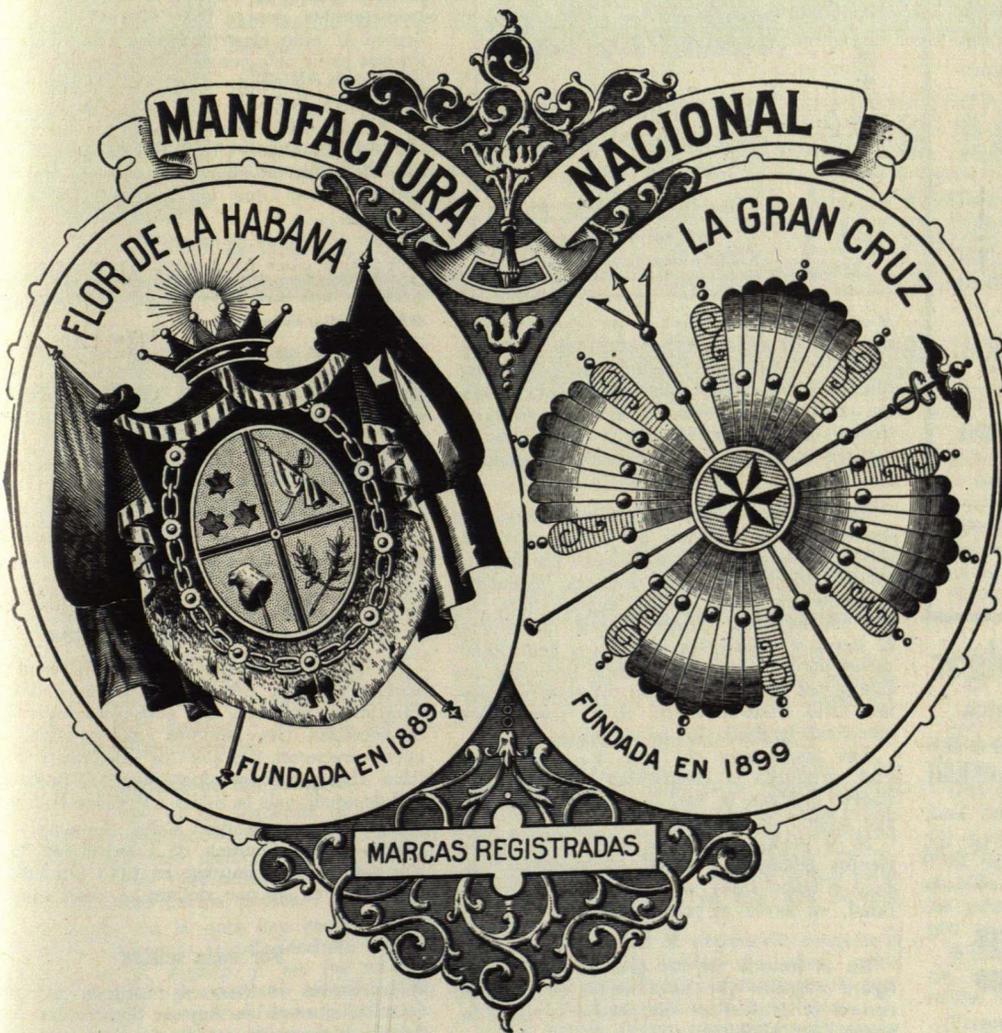
*

Sabido es que la telegrafía sin hilos no ha

nacido de repente; raro es el invento que brota de otro modo. Asegúrase que el electricista Venkler descubrió el principio de la telegrafía sin hilos, nada menos que en 1746. Franklin opinaba que era posible, teóricamente. Morse, el inventor del telégrafo eléctrico, consiguió en Washington enviar un despacho sin necesidad de hilos conductores, á una distancia de 24 metros y medio, el año 1842. Maxwell, en 1864, definió hasta cierto punto las ondas hertzianas, y demostró que la telegrafía sin hilos era posible. Elisha Gray hizo experimentos en esta materia en 1877. Y en 1888, Hertz contribuyó más que nadie á la solución del problema, demostrando experimentalmente las vibraciones eléctricas que hoy conocemos con el nombre de ondas hertzianas, y que constituyen, en realidad, la corriente sin hilos.

Quando fueron conocidos los trabajos de Hertz, Marconi, que era entonces un muchacho que estudiaba electricidad, dijo que si se podía transmitir un despacho por hilos á través del éter, también se le podía transmitir sin hilos por el éter mismo que existe en todas partes. Principió á hacer experimentos con cajas de hojalata, colocadas en altos palos en las tierras de sus padres, en Italia, y entonces inventó su transmisor. Más difícil era idear el aparato destinado á recibir las ondas. Después de muchas pruebas, Marconi adoptó uno inventado por el italiano Calzecchi y perfeccionado por un francés, el profesor Branley, llamado cohesor, y que es, en realidad, la parte más esencial del sistema de telegrafía sin hilos.

El cohesor es un tubito de cristal del grueso de un lápiz y de unos cinco centímetros de largo. Tiene en cada extremo un tapón de plata, y los tapones casi se tocan dentro del tubo. El reducido espacio que queda entre ellos, está lleno de fragmentos finamente pulverizados de níquel, y de plata, que poseen la curiosa propiedad de ser alternativamente muy buenos y muy malos conductores de ondas eléctricas. Las ondas del transmisor, colocado si se quiere á 3.700 kilómetros de distancia, son recibidas en un hilo telegráfico semejante al que se usa en el transmisor; pero son tan débiles, que por sí solas no podrían hacer operar á un aparato telegráfico ordinario. Apenas si tienen fuerza para hacer que se unan las partículas de níquel en el cohesor. En el momento en que las partículas se unen, se convierten en buenos conductores de electricidad y la corriente de una batería inmediata se precipita al través del cohesor y hace funcionar al aparato Morse,



FABRICA DE CIGARRILLOS
 Propietarios, Federico E. Schémel & Ca.
 CARACAS - MARACAIBO



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los
primeros facultativos de Europa y de las Américas.

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales.

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 47 variantes, y están á la venta al precio de:

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Elvira Urdaneta de Pulgar

Copista y Profesora de Música

Se ofrece para dar lecciones á domicilio: de piano y teoría musical.

Precios convencionales.

Dirección: Pelota al Abanico N.º 24



el cual imprime una raya ó un punto, elementos que, como es sabido, constituyen el alfa-beto que lleva dicho nombre. Luégo un martillo, llamado el decohesor, movido por la misma corriente, da contra el cohesor, y las partículas de metal se separan y vuelven á convertirse en malas conductoras de electricidad.

*

Todo el sistema de la telegrafía sin hilos está basado en la existencia de la materia intangible y misteriosa llamada éter. Es una sustancia invisible, incolora, inodora, inconcebiblemente rarificada, que se supone llena todos los espacios. Ocupa el que media entre la tierra y el sol y las estrellas, y llena igualmente los espacios infinitamente pequeños que hay entre los átomos de las materias más densas, tales como el acero. Es la fuente de la electricidad, de la luz y del calor.

Las vibraciones del éter, á cierta velocidad, producen la electricidad; á otras velocidades, produce la luz, y á otras velocidades son origen del calor.

Si la electricidad vibra á razón de cuatrocientos billones de ondas por segundo, aparece el color rojo; si vibran con doble velocidad, se forma el color violado.

*

En la historia de los grandes inventos no figura ninguno que haya hecho en tan poco tiempo progresos tan estupendos como la telegrafía sin hilos.

Así se hace posible la profecía curiosísima que no hace mucho ha lanzado el profesor Ayrton, el cual dijo, no hace muchos días, narrando lo que es muy posible que suceda á la vuelta de un corto número de años:

«Cada individuo á quien le interese hacerlo,

podrá llevar en un oído y en el bolsillo un receptor y un transmisor para comunicar á miles de kilómetros con la persona que desee y que esté provista de aparatos entonados con los suyos.

Cuando un individuo quiera hablar con un amigo provisto de dichos aparatos y cuyo paradero ignore, lo llamará con una voz electromagnética gracias á su aparato, y su voz llegará al oído electromagnético de su amigo sin que nadie más que éste pueda oírle. ¿Dónde estás?—le dirá.—Y el amigo contestará en el acto: «Estoy en el fondo de una mina de carbón, ó atravesando los Andes, ó en medio del Atlántico.» Y si después de repetidas llamadas el amigo no contesta, bien se podrá afirmar que no pertenece ya á este mundo.»

No permita nunca que su boticario le haga tomar una preparación inferior, diciéndole que es tan «buena como» ó «más barata que» la «Emulsión de Scott.»

Señores Scott y Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Hace algunos años vengo usando en mi clientela la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa que ustedes preparan y debo declarar para bien de los que sufren, que siempre que he usado dicha preparación, me ha dado excelentes resultados en la tisis, escrofulismo, raquitismo, etc., etc. Mas puedo asegurar que es el único de los preparados de su especie que llena las indicaciones en la medicación reconstituyente.

Pueden usar la presente del modo que gusten. Quedo de ustedes afectísimo S. B.

HENRIQUE PALACIOS DELGADO.

Médico Cirujano y Director del Hospital de Lázaros del Distrito Federal, etc. Caracas, Venezuela.

Libros que valen miles de duros

El libro más caro del mundo lo posee la Biblioteca Vaticana: una Biblia en hebreo, de extraordinario volumen, que pesa 162 kilogramos. Se necesitan tres hombres para moverla. En 1512 ofrecieron por ella los israelitas al Papa Julio II el peso en oro del libro. Al precio actual de aquél, vale la Biblia 1.875.000 bolívares.

Mr. Pierpont Morgan acaba de comprar al célebre librero Quarich, de Londres, un ejemplar del *Salterio*, impreso en 1459 por Fust y Schoeffer, en 26.000 dollars, ó sean 130.000 bolívares.

Por cada millón

de habitantes de Prusia se registran 348 casos de suicidio, entre las mujeres divorciadas ó separadas del marido, y sólo 61 casos entre las casadas.

En los hombres la diferencia de suicidios entre casados y divorciados es aún más notable: sólo se han registrado, por término medio, 286 suicidios entre los primeros, por 2.834 entre los segundos.

CREME DE LA MECQUE DUSSEY

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al c6d6 la blancura macarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.



VINO NOURRY

YODOTANICO
 6 la vez
 Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hgado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores p6ldos, 6pocas dolorosas) y de los Ni6os (escr6fulas, usagres, etc).

SE VENDE

F. COMAR & FILS EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS
 PARIS 619

APROBACI6N DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exijanse el Nombre el Sello de Garantia

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

la Direcci6n

COLORES P6LDOS, ESCR6FULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Ni6os y las personas que no pueden tragar Pildoras emplean el Jarabe de Blancard.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-LEMATICO

Empleado con 6xito desde hace m6s de ochenta a6os, contra las enfermedades del Hgado, del Est6mago, del Coraz6n, Gota, Reumatismos, Fiebres Pal6dicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombricias y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flamas.

Reh6sese todo anti-lemat6ico que no lleve la Firma Paul GAGE

Dep6sito General, D^r Paul GAGE Hijo, 1^{er} de 1^{er} cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-LEMATICO DEL D^r GUILLIE

SOLUCI6N PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio m6s eficaz para curar las **ENFERMEDADES del PECHO** TOSES RECIENTES y ANTIGUAS BRONQUITIS CR6NICAS

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacu6e, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las Imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberias, Perfumerias, Farmacias y Bazaros.

Una enfermedad fotogr6fica

Algunos reveladores fotogr6ficos alteran la epidermis de los dedos produciendo, seg6n dicen algunos m6dicos, una especie de eczema.

Se han aconsejado muchos remedios para combatir esta enfermedad; el doctor austriaco Krugener, asegura que la naftalina es un remedio soberano y La Photo-Gazette recomienda el siguiente remedio: Se prepara una disoluci6n 6 partes iguales de alquitr6n, aceite de mirto silvestre y aceite de enebro. Hay que tomar 100 gramos de esta mezcla y a6adir otros ciento de alcohol puro; agitarla y aplicarla con un pincel en las partes enfermas.

La herencia de las lesiones

M. D'Arsonval, de la Academia de Ciencias de Paris, ha analizado una nota muy curiosa, presentada por tres m6dicos, referente 6 la transmisi6n 6 los descendientes de las lesiones desarrolladas en los padres.

Los autores de la nota han hecho los experimentos con ratas, produci6ndolas lesiones mec6nicas en el hgado y en los ri6ones. Dichas lesiones, practicadas as6pticamente, permitan vivir al animal durante un espacio de tiempo variable; lu6go se le sacrificaba y se examinaba el hgado y los ri6ones del feto. En todos los casos se han encontrado lesiones en los 6rganos hom6logos 6 los de la madre.

El hecho se explica de este modo: Cada vez que los restos de las c6lulas son arras-

trados por la circulaci6n, se verifica en el organismo una reacci6n y se produce un veneno capaz de destruirlos. Dicho veneno pasa de la madre al feto y ataca al 6rgano hom6logo.

Apoyan esta explicaci6n los autores con otro experimento. Sin alterar los 6rganos de la madre, la inyectaron extractos de hgado 6 de ri6ones, y produjeron en el feto iguales lesiones.

Estos experimentos son de gran inter6s, porque arrojan una nueva luz sobre el mecanismo de la herencia de las lesiones org6nicas.

Perros que no rabian

A todo el que llega 6 Constantinopla le llama la atenci6n la multitud de perros que hay por las calles. C6lculase que en dicha poblaci6n viven m6s de 25.000 perros callejeros, cuyo alimento se reduce 6 lo que pueden sacar de los basureros, y lo raro es que no se ha dado nunca el caso de que uno de ellos rabie.

Parece como que la exposici6n continua al fr6o, al calor, 6 la lluvia y 6 la nieve, unida 6 la escasez de alimento, constituye un preservativo precioso contra la hidrofobia.

Estos perros tienen costumbres muy curiosas. En cada calle viven unos cuantos que impiden 6 fuerza de dientes que penetren en ella canes de otro barrio. No tienen casa ni a6io, duermen donde les parece, comen lo que encuentran y limpian las calles de basura.

A pesar de ser su n6mero tan grande, jam6s se encuentra uno muerto en la calle, porque sus compa6eros, quiz6 por caridad, en cuanto uno se pone malo le matan y se lo comen.

Hay quien cree que 6 esta costumbre se debe el que no haya casos de hidrofobia.

En todo Marruecos ocurre lo mismo con los perros.

C6mo se cura el vicio de la borrachera

EN MADAGASCAR

Los malgaches son un pueblo bastante m6s civilizado de lo que se cree, aunque tengan algunas veces costumbres un poco raras.

Una de estas es el remedio 6 que acuden para hacer perder 6 los borrachos el vicio del alcohol.

El procedimiento consiste en raspar con un cuchillo el lomo de una anguila y en echar las gelatinosas raspaduras en un vaso de ron que se hace beber al borracho.

Apenas ha tomado 6ste un trago de la mezcla, cuando se le ve palidecer presa de horribles n6useas.

Parece que con una sola dosis basta, y que el vicioso pierde por una larga temporada la afici6n 6 toda bebida alcoh6lica.

Hay en Europa, borrachos de est6mago m6s s6lido, capaces de seguir bebiendo aun cuando les echen en el vaso una anguila entera que lleve un mes de fallecida.

PÍLDORAS MOUSSETTE
*Neuralgias
 Jaqueca
 Ciática.*
 CLIN Y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 607

JARABE AUBERGIER
TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO
 Empleado con mucho éxito en los Niños.
 CLIN Y COMAR - PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉRIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS, FRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANNES-ETQ.
 51 St-Denis

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
 Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
 Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares
J. SIMON
 13, r. Grange butelière, Paris



de Musset, Lord Byron y Schiller, alcanzan precios hasta cierto punto módicos, y otro tanto ocurre con Alfonso Daudet y Tolstoi.

Varia

La tuerza de un elefante de tamaño regular es igual á la de 150 hombres juntos.

En Europa se hablan 587 idiomas y dialectos diferentes.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
 Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS.

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
 prescrito por los Médicos en los casos de TRATAMIENTO Complementario del ASM.
ENFERMEDADES DE LA PIEL Soberano en
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Eritralia, Tuberculosis.
102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

Las tarjetas postales fueron adoptadas por la Unión Postal Universal en 1880. En Austria se gastan cien millones de tarjetas al año, y en Inglaterra más de doscientos cincuenta millones.

Calculáse que en todo el mundo se escriben al año nada menos que mil millones de tarjetas postales.

POBREZA DE LA SANGRE
VINO DE BELLINI
 con QUINA y COLUMBO
 Este VINO fortificante, febrífugo, antinervioso, cura las Afecciones esorofóticas, Fiebre, Nevroses, Pálides y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

bellos, y los que más caros se pagan son los de los Papas. Por un mechoncito pequeño se ha llegado á pagar hasta 50 francos. Los más buscados ahora son los de León XIII.

A los reyes y hombres de Estado se les cotiza «capilarmente,» según sus méritos personales; pero es muy difícil establecer los precios, porque siempre influye en ellos el espíritu de partido.

Cítase un mechón de pelo que cortó subrepticamente á Napoleón su ayuda de Cámara Constant, y que hoy está tasado en cien francos.

Claro es que un precio semejante sólo se ofrece en casos extraordinarios. Los pelos del Czar de Rusia se cotizan á cinco francos el mechón; los de Félix Faure oscilan entre 0,75 y un franco, y los de monsieur Lubet, el Presidente de la República, se venden por lo general á cincuenta céntimos.

Entre los escritores, Víctor Hugo, Alfredo

EXIJAN Vds.
 sobre cada PILDORA BLANCA la palabra: **DEHAUT** A PARIS impresas en negro.
 Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
 Ningun Regimen. No más Dietas.
 Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal
SITUADOS DETRAS DE SANTA INES

Agua fría á 4 atmósferas de presión

A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubreuil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud. Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios baratos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

El pelo de los grandes hombres

UN NUEVO NEGOCIO

Según noticias publicadas en algunos periódicos de París, en fecha próxima se va á abrir una especie de mercado capilar donde se cotizarán, como si fueran láminas de papel del Estado, mechones de pelo de los grandes hombres. Actualmente ya se negocia con los ca-



ATALA

Llevaba un romántico nombre de leyenda idilica; negros y fulgurantes, como un arcano en cuyo fondo durmiesen quimeras, eran sus grandes ojos de ensueño; y la línea, cantora de eurias, celebraba en sus rasgos una gloria triunfal.

Contemplándola, jamás podría creerse que existiese acechanza contra aquella vida, gozosa de palpar bajo las más venturosas armonías de la forma y de la gracia. ¡Y bastó que una mañana aleve, un soplo gélido pasase sobre la opulenta corola, para abatirla, entumecerla y marchitarla!

Sin duda es inexpresable la ventura del Empíreo é inefable la belleza de los Cielos, si los pueblan los seres que como ATALA descendieron de ellos por un instante fugaz, para hacer sospechar á los que esperan y á los que aman, cuán infinita debe ser la realidad de las promesas y cuán inenarrable la gloria del amor inmortal.

Trémulo el pensamiento, de miedo á atentar contra las inviolables santidades de la fe; frente á esta otra blanca piedra tumular que será colocada al lado de la que ayer nomás depuso un padre, sobre los despojos de otra hija de dones adorables; cuando el dolor de la muerte de ATALA despierta de su resignada melancolía el inextinto dolor de la muerte de CARMEN EMILIA; palpitantes de sagrado terror ante el misterio de los inexcrutables disignios, se vienen á los labios las deprecaciones de la insondable desolación: ¿Qué consuelo puede llover su rocío de paz sobre el alma de esos padres? ¿Con qué se cubre, sobre la tierra, el hueco de esa herida? ¿En dónde la recompensa á la honda, irremediable desesperanza de que bajo las estrellas no quede, de la hija que á los Cielos se ha ido, sino la cadenciosa ternura de un romántico nombre de idilio, y los murientes resplandores de los negros ojos en cuyo abismo durmieron las quimeras?...

Los votos de nuestro corazón van hacia ese hogar, como dolorosa participación que tomamos en las tenaces desgracias que lo enlutan.



ATALA RUIZ